

Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año XXXIX — Nº 2.000
Montevideo, 7 de
noviembre de 1971.

**Nº
2000**



N.º 2000

Dos mil entregas de este Suplemento significan la continuidad de un esfuerzo común, de un encadenamiento de días y de años, de personas y circunstancias, en el que apenas somos un mediador más en el tiempo.

Sea este número dos mil un homenaje a la memoria de su fundador, don Lorenzo Batlle Pacheco y de quien nos precedió en la Dirección, don Eugenio Alsina. A la memoria de los colaboradores, dibujantes, fotógrafos y personal de talleres y huecograbado, desaparecidos en el curso de casi cuatro décadas. Y de agradecimiento a los colaboradores de hoy, así como a todos aquellos dibujantes, fotógrafos, personal de talleres y huecograbado actuales, cuya leal amistad contribuye a que el Suplemento sea posible.

Y sea también un homenaje a la memoria de dos grandes Directores de EL DIA, don César y don Rafael Batlle Pacheco, nobleza y distinción, equilibrio y rectitud, que supieron orientar y estimular con justicia dejando el inolvidable recuerdo de su hidalguía y su caballerosidad.

Dora Isella RUSSFEL

Para EL DIA en el bimilésimo septenario de su suplemento dominical

Oxford, 13 de mayo de 1971.

Para EL DIA en el bimilésimo septenario de su suplemento dominical.

Dos mil semanas es larga vida para un periódico. Y en un periódico no es como en una persona: para la cual, larga vida no implica largo pensamiento. En un periódico significa pensar bien, prever, ajustar las ideas a las cosas para hacer que las cosas se ajusten a las ideas. En suma, EL DIA ha vivido largo tiempo y sigue viviendo porque ha sabido estar siempre al día.

SALVADOR DE MADARIAGA





Don Eugenio Alsina, que imprimió su vigorosa personalidad al Suplemento desde 1932 a 1968. DERECHA: Alsina y Dora Isella Russell en plena tarea. (Fotos Dora Isella Russell. Agosto 1958).

Los Directores del Suplemento Dominical

Eugenio Alsina

FUE el primer director que tuvo el Suplemento Dominical de EL DIA. Era difícil pues, que desde el número inicial, la nueva publicación no mostrara el estilo inconfundible de un maestro de periodistas, de un escritor avezado, de un hombre de su tiempo, que inmediatamente convirtió las 16 páginas de huecograbado en un testigo calificado de todo lo que tuviera que ver con el arte y el desarrollo de la cultura en el ámbito nacional.

Aún hoy, se hace difícil desvincular la presencia de don Eugenio Alsina con el Suplemento que domingo a domingo sigue pulsando la voz de las musas en este mundo cada vez más fantástico y más caótico, que cada vez se deja seducir más por la tecnología.

Eugenio Alsina fue un hombre sencillo y sabio que tuvo la original idea de no entregarse a ninguna creación de sistemas estrictamente inéditos en la empresa intelectual que EL DIA ponía en sus manos a partir de aquel primer número del Suplemento Dominical, que tendría una influencia tan decisiva en las publicaciones periodísticas del Uruguay.

Dice Martín Buber: "Cada uno debe escrutar atentamente el camino para el que se siente llamado por su corazón y luego entregarse a él con todas sus fuerzas".

¿Hasta qué punto el razonamiento del filósofo cabe ser aplicado a la simbiosis con que Eugenio Alsina llegó a cumplir una parábola perfecta dentro del Suplemento Dominical?

Por su propio convencimiento, y a partir del número uno, la primera publicación en huecograbado que irrumpió en el periodismo nacional, fue adecuadamente el vehículo para la difusión de todas las artes: música, pintura, escultura, teatro, danza, poesía, literatura.

Todo ello debía alcanzar al lector a través de un Suplemento que supo brindarle, bajo una forma periodística prácticamente total, una enseñanza cívica y moral de normas inamovibles.

En más de un sentido —y no podía ser de ninguna otra forma— las páginas del Suplemento fueron semana a semana como un espejo polifacético de la múltiple personalidad de Alsina, para quien, por sobre todas las cosas su Suplemento debía educar. No sólo inculcando la fe en virtudes básicas de todo ciudadano, sino indicando al hombre medio la forma de conducirse y la manera de cumplir con su deber.

Bajo la conducción ejemplar de Eugenio Alsina, el Suplemento Dominical de EL DIA fue también un pasaporte para que los uruguayos radicados en cual-

quier ámbito del país conocieran su República a través de millares de notas (muchísimas de ellas escritas por el mismo director con una prosa transparente que puede ser un modelo de eficiencia gramatical y descriptiva) y sin moverse de su casa entraran en conocimiento directo con la vasta geografía del mundo tal cual es.

Coordinador y asesor inmejorable para quienes colaboraron con él, Eugenio Alsina está ligado indestructiblemente a una publicación nacional muchas veces atesorada por coleccionistas del Uruguay y del Exterior.



1960: La actual Directora, realizando una importante nota, acompaña al Dr. Bernardo P. Houssay, Premio Nobel de Medicina, a quien rodean la Dra. Rabinovich de Rubinstein (R. Argentina) y el Dr. Gómez Rogers (Chile) en el Servicio de Fisiología que lleva el nombre de Houssay en nuestro Hospital de Clínicas. Al publicar este foto rendimos modesto homenaje a la memoria del ilustre argentino fallecido recientemente.

Alsina fue un periodista nato. Como hombre de prensa apeló siempre al rigor y a la verdad.

Para quienes se beneficiaron con el privilegio de su consejo y de su amistad, no puede sorprender, pues, que las páginas del Suplemento Dominical de EL DIA fueran, para él, un vivo e inagotable código de señales. Un didáctico, entretenido y superior medio de comunicación.

Dora Isella Russell

En el principio, fueron sus inestimables colaboraciones, y uno de los créditos literarios fomentados por el instinto aguzado de Alsina para detectar talentos.

Fue —¿quién lo duda?— una de las más bri-

llantes plumas con que semana a semana, el Suplemento Dominical enriqueció la experiencia y el conocimiento de incondicionales lectores aferrados a la garantía de seguridad que patentizaba la firma de Dora Isella Russell.

Acogido Alsina a los beneficios de las leyes sociales de nuestro país, fue ella la elegida para cargar sobre sus hombros con la gran responsabilidad de suplantar al querido Maestro en la dirección del Suplemento.

Es ella, pues, la segunda y actual directora. Se ha dicho no sin razón, que ser mujer es lo mutable dentro de lo determinado, lo versátil dentro de lo constante; lo rebelde dentro de lo normativo.

Poetisa de relieve internacional, trabajadora incansable, Dora Isella Russell no sólo siguió las ilustres directivas de su preclaro antecesor en todo lo que tiene que ver con los postulados que hicieron del Suplemento Dominical un atento testigo del Uruguay cultural y de quienes contribuyen a su engrandecimiento ético y civilista.

Por vocación y por temperamento, su gestión al frente del Suplemento se caracterizó de inmediato por establecer flamantes vínculos con escritores de habla española, aportando a las páginas del SD la colaboración de firmas con imantado fulgor en el mundo de las letras de América y del mundo. Esta inclinación de D.I.R. por el genio y espíritu de una raza y de una lengua, han dado en los últimos tiempos a la publicación que dirige el resplandor de una hispanidad que trasciende toda limitación geográfica.

Bajo su impulso se multiplicaron las columnas dedicadas al comentario bibliográfico. A partir de su ascensión a la dirección, ella no ha cesado de establecer contactos, urdir efectos y concertar encuentros entre el lector ávido de ponerse al día en materia de asuntos literarios y los escritores de aquí o de allá, que experimentan con la prosa o con la poesía, mueven filtros con vocales y redomas con consonantes para verter el canto del mundo en las páginas siempre generosas del Suplemento Dominical de EL DIA.

La aparente espontaneidad con que los lectores abren el domingo las páginas del Suplemento, el tenaz esfuerzo de día a día, hora por hora, que requiere naturalmente una publicación de arraigado prestigio no sólo en nuestro país, sino en América toda, son el fruto de una reflexión madurada, surgida del contacto profundo con los grandes talentos literarios, el hilo de cuyo íntimo sentido aprehende, también Dora Isella Russell, auténtica creadora, cuyos libros y viajes le han abierto una rica carta de crédito en los cenáculos literarios de nuestro continente.

Escritora que encomia las ventajas del orden y del espíritu normativo, sus columnas dedicadas a evocar páginas brillantes del pasado han gravitado con su ascético ejemplo sobre quienes instauran la pureza

poética y corrigen con el esfuerzo reflexivo las demasías de la inspiración complaciente.

Como Eugenio Alsina, también Dora Isella Russell, es a partir del escritorio de Dirección del SD una guía. Por medio de artículos y poemas utiliza pedagógicamente la cultura para ilustrar a los fieles y nuevos lectores que cada generación aporta a las páginas del Suplemento Dominical de EL DIA. Desde los conceptos políticos más elevados a la crónica de costumbres o las menudas circunstancias, nada es trivial para esta directora que entiende las cosas de la cultura en su acepción más completa. Porque a pesar de la mudanza de los tiempos y la alteración de las formas, la cultura del pueblo —a la que el SD sirve— debe seguir siendo inmutable.

J. R. C.

RODO nos parece hoy — y, además, es la verdad —, personaje de hace un siglo. Y, por otra parte, vigente. A fines del XIX la idea continental — que tuvo su lucidez y eficacia cuando estalló la insurgen- cia en las colonias españolas — se había perdido. El Río de la Plata, particularmente, era mundo aparte. Se había instalado mirando hacia Europa, y obraba dándole la espalda al resto de Suramérica. No era poca monta el haberse formado Garibaldi en el Río de la Plata, y la resonancia y participación que tuvieron estas naciones en la guerra de liberación de Ita- lia, así como la caudalosa inmigración que llegó a los puertos de Buenos Aires y Montevideo. Del lado del Pacífico todos eran escapistas a su modo. Los ojos estaban puestos en Francia, en la Madre Patria, hasta en el remoto Oriente. Gómez Carrillo sólo se consi- deró completo cuando pudo viajar al Japón. Para el consumo interno de cada república soberana — y to- das se proclamaban Estados libres y soberanos — la independencia ya no consistía en haberse separado de España, sino en desligarse de los vecinos, pensando en cualquier cosa, menos en la continentalidad de nuestra América. Quien primero miró hacia otra di- rección fue José Martí. Le movió la circunstancia de estar Cuba a la cabeza de las últimas colonias de España en América. Siendo Cuba isla, desde la isla se veía y sentía más hondo el papel de los continen- tes. Podría recordar él que el nuestro se llamó en los tiempos antiguos Tierra Firme. Hay que hacerse cargo de lo que esto quiere decir.

Correspondiente a esta desintegración de Nues- tra América, surgía en el Norte una violenta afirma- ción de voluntad imperialista, que por ser política era más beligerante y agresiva que el propio capita- lismo. Teodoro Roosevelt no era hijo de Wall Street ni socio de banqueros. Era, sencillamente, imperial, y no le faltaba la talla indispensable para satisfacer sus ambiciones. Sus Estados Unidos y Reunidos bajo una bandera florecida de estrellas, se encaminaban hacia el manifiesto destino de ser la gran potencia del mundo. Vea él con olímpico desdén a los del Sur, que no hacían sino empequeñecerse al paso a que iban distanciándose más unos de otros. Esto era pa- tente en el área del Caribe, paraíso terrenal para los amigos de las depredaciones alevosas. Walker, en su marcha sobre Centro América había sido una avan- zada del capitalismo esclavista. Roosevelt no: él era el águila imperial. Así lo denominaban los poetas, y lo cantó Darío después de haberlo retado, cuando lo vio de cerca en Río de Janeiro. El fondo de esta his- toria no puede ser más dramático, y quien vino a denunciarlo fue Rodó. Su campanada fue profética. A poco de publicarse *Ariel* ocurrió el garrotazo de Roosevelt que trajo como consecuencia la desmembra- ción de Colombia y el despojo de Panamá.

Montevideo era la ciudad más latina de nuestra América, la de las calles en donde se hablaba fran- cés. Su destino de entonces lo vemos hoy un tanto fugitivo. Contemporáneos de Rodó fueron Isidore Du- casse que se inserta en la gran literatura francesa como el Conde de Lautréamont, Jules Laforgue uno de los autores del creacionismo, Supervielle, crítico y profesor, que recordó más que los otros, en sus obras, su origen americano. Tan hijo de Montevideo como todos ellos fue Torres García quien formó parte, como pintor, del renacimiento catalán al lado de Santiago Rusiñol. Otros — Horacio Quiroga, Alfonsina Storni, etc. — se contentaron con plantar su tienda en Bue- nos Aires. Rodó es de los que montan su cátedra — al menos en la hora decisiva — en Montevideo. Nació maestro, y su lección fue magistral. No por retórico, su discurso dejó de ser eficaz. Las juventudes de en- tonces se inflamaban más fácilmente con llamamientos dirigidos al espíritu que con la sociología que acaba- ban de enseñar los positivistas. Carlos Arturo Torres, más realista que Rodó, no logra con *Idola Fori* llegar a todos los oídos. La prosa de Rodó — música orques- tada — resuena como un nuevo idioma. Al lado de sus oraciones laudatorias de Bolívar y Martí, entraña de la lucha americana, Rodó pone también los ojos en el Rubén de los Cantos de Vida y Esperanza. Todo esto puede engendrar el vicio literario en la naciente América Latina, pero hay un hecho positivo cuyo falaz olvido disminuye hoy mismo la fuerza potencial de nuestra tierra: la idea del continente.

Con Rodó, y a contrapelo, surgen y proliferan los del pesimismo amargo y el continente enfermo. Si era ilusorio imaginar en nuestra América Latina esa dedicación casi religiosa al culto del espíritu, y era ingenuo contraponer esta supuesta virtud a un ciego materialismo del Norte, también era infeliz imaginar que el hombre y la tierra de nuestra América eran lo peor de la creación, como supuso Buffon. El juicio disolvente de los pesimistas elementales tenía, y tie- ne, como desoladora consecuencia el no concebir nin- gún futuro nuestro sino bajo una dependencia cual- quiera.



"Rodó", por E. Vernazza

De Rodó a hoy, cien años

Como en 1810, o como antes, o como a lo largo del XIX, o como hoy, el problema para un grupo de naciones que tienen para afirmarse la base de un con- tinente, es su independencia. Es una cuestión de afir- mación continental sin implorar ayuda alguna, venga de donde viniere. No podría contemplarse hoy el jue- go político, la realidad económica, la capacidad de desarrollo con una visión semejante a la de Rodó, que nos parece — y con razón — de hace un siglo. Entre otras cosas porque quienes hablan hoy de ma- terialismo son justamente aquellos a quienes consi- deraba Rodó hijos de Ariel. La nueva concepción de nuestra América ha de ser más dura y positiva. Pero queda en pie el problema esencial que sugiere el dis- curso de Rodó: la formación del continente. Con todo lo que se ha hecho por integrarnos, jamás se vio tan desgarrado este mundo nuestro como hoy, tan osci- lante en sus movimientos, tan desunido en las asam- bleas, tan falto de una voluntad federativa. Hace ciento cincuenta años el asunto de la independencia era de aquellos que podían resolverse con una guerra. La hicimos, y creímos que habíamos quedado sober- ranos. Hoy esa independencia no tiene guerra que pueda hacerse para ganarla. Las nuevas generaciones se ven ante otra empresa más ardua y compleja: la creación de un continente que no existe. Algo así como la América Latina de Rodó hecha de carne y hueso, hija de un propósito político radical, despojada de la antigua retórica. Rodó mismo dio el consejo: Reno- varse es vivir. ¿Renovarse o morir?

Germán ARCINIEGAS

(Especial para EL DÍA)

Un diario y un ambiente

EL Suplemento Dominical de EL DIA de Montevideo alcanza al número dos mil. Lo importante no es llegar a viejo, sino ser digno de serlo. Años suma cualquiera; respetabilidad, sólo muy pocos. Eso marca la diferencia entre añoso y anciano. Desde luego, la vida de un diario conlleva una notación política y social. No compete a un colaborador extranjero pronunciarse al respecto. Pero, no se le puede impedir que, junto a la imagen de un periódico empeñado en cumplir con su deber —y su tradicional Suplemento de cada domingo— surja también la de su ambiente, o sea, su impulso y su escenario.

Llegué por primera vez a Montevideo en 1936. Eran días tensos; acababan de salir de una dictadura ("la del machete", según la expresión de Frugoni). Sin embargo, se respiraba una atmósfera de creciente libertad. Entre los lugares en que tal sucedía, estaba un viejo café, ahora destruido, en el que se reunían escritores y aficionados a toros, actores y periodistas, bohemios y empresarios, músicos en busca de contrata, conspiradores de boquilla. De las paredes detonaban cartelones de torero. Se bebía más café que caña; se fumaba más cigarrillos negros que rubios; se hablaba más a gritos que en voz baja; se dejaba pasar las horas en vez de aprisionarlas con codicia. Los concurrentes lucían muchos de ellos cabellos rubios, otros eran amargados, angulosos y felinos como los criollos; el café ostentaba un nombre indio: Tupí Nambá. El Tupí Nambá no ocultaba ningún contrabando, sino que, sincero consigo mismo, exponía ante sus propios ojos, la dualidad fatal de nuestros países: nombres y vocación indios, destino y aficiones blancos; el malón y la corrida de toros, el mate amargo y el café cargado.

Me condujo al Tupí Nambá, el "último mohicano" de la taurofilia uruguaya, gran poeta por cierto: Manuel de Castro. Le asistía en los menesteres ligados a los toros un compatriota peruano, a quien, por lo alto, le apodaban Obelisco; por sus hechuras taurinas, Maera, y por decisión de sus padres, Juan Esquivel. Estaba exiliado del Perú y ejercía de librero a domicilio.

Manuel de Castro había residido algún tiempo en Chile. Ahí le publicamos su novela *El padre Samuel*

una novela confesional. Manuel, que era gordo, rubio, de azules ojos bovinos, sonrisa de niño y cordialidad que se le escapaba por los poros nos contaba ahí su infancia, ligada a un cierto fraile de Concepción, cuya silueta, hecha con ternura cuasi filial, no la olvidan quienes la aprendieron en la prosa del escritor. Manuel publicaba versos. Uno de sus poemas, a la fundación de Montevideo, puede hombrarse con las mejores páginas de Ramón López Velarde y de José Santos Chocano: como éste luce marcialidad y adjetivación definitiva; como el mexicano, una dulzura burlona donde cualquier duda suele resolverse en el esmalte de un adjetivo insustituible.

Manuel tenía un título especial para que intimáramos rápidamente. No sólo era el editor de los dos volúmenes de *Obras de Juan Parra del Riego*, sino que le conoció, le quiso, le defendió en vida y muerte, le exaltó, impidió que le olvidaran, como acaso empuje a suceder.

Juan Parra del Riego había nacido en Huancayo, Perú, en 1894. Cuando llegó a Montevideo tenía veintidós años: ya había ganado unos Juegos Florales, en Barranco, 1913, con una lírica docena de sonetos, estupidamente logrados, en loor de aquel balneario poético, donde tenían su tienda de "peregrinos apasionados", José María Eguren, Abraham Valdelomar, los Parra, Manuel Beingolea, una floración exquisita de poetas y prosistas. Estrenó una pieza teatral, anduvo recorriendo el Perú, y partió a Uruguay, Chile, Brasil, Europa, para regresar y echar el ancla definitivamente en Montevideo.

Juan Parra ejerció el periodismo sin mengua de la poesía. Discípulo fiel de Manuel González Prada, admirador de Whitman y de Verhaeren, él, que era la tenuidad humana en persona, se forjó un verso hercúleo, emprendedor y deportivo. Cuando se hace la historia del whitmanianismo y del polirritmo en castellano, Juan Parra del Riego es convocado como ánima testimonial y conductora. Su tremenda inquietud, su vulnerabilidad a lo cotidiano lo acercaron a todo lo que, genuinamente, parecía su antípoda. Elogió la aurora de Juana de Ibarbourou; y la velocidad de la motocicleta; a Mendilaharsu y al negro Gradín, campeón de fútbol. Resultaba en verdad inaudito que

hombre tan magro, tan noctámbulo, tan a los constantes, tan dado al café negro, tan desparramado y enjuto, pudiese ser el Píndaro de una nueva Olimpiada.

Finalmente, se enamoró de una poetisa uruguaya y casó con ella. Murió casi en seguida. Aparezca entonces *Hirsus del cielo y los ferrocarriles* y *Blanca Luz*. Montevideo premió a su enamorado con una calle que aún no le ha dedicado su patria nativa.

De todo esto hablamos en el Tupí Nambá. Ahí estaban Francisco Espinola, flaco y de voz cavernosa y ojos profundos, ocultando envuelta de acideces, su dulzura esencial; Carlos Sabat Ercasty, erguido, rubio, melencólico y tonante, bajo su sombrero digno de un capítulo de Murger, con sus versos viriles y también whitmanianos. Ahí, Julio Casal, siempre preparando una exhibición de versos ajenos, entre los que destilaba los suyos con pudor de novato. Ahí, Pablo Minelli, hombre de ciencias económicas, frágil y sitibundo, marcado por la muerte. Ahí, o afuera, Justino Zavala Muniz, novelista de extraordinario vigor, y Emilio Frugoni, incorruptible e inspirado, sobreviviente sagaz de una generación ejemplar. Ahí, tantos y tantos. ¡Y no voy a ligar el recuerdo del Tupí Nambá con la sustancia misma de Montevideo, ciudad impar donde hay más estatuas a intelectuales que a soldados, y una de ellas, con dignidad entrañable, perenniza a la carreta de los pioneros, la festa de una patria nacida de la desinteligencia de dos colosos, para demostrarles que la verdadera grandeza es ajena a la magnitud material!

La prensa montevideana se mantuvo alerta frente a ese prodigio, y supo encuadrar la caída de los montoneros, el establecimiento de la democracia moderna con Batlle, el afinamiento de la vocación continental con Brum, la superstición intelectualista, a veces excesivamente puntillista, pero siempre más alta y fecunda que la chafarranga del gendarme y el cubilete del capataz de barrio.

¿Es o no, todo esto, grato de recordar y digno de imitarse?

Lima, 1971.

Luis Alberto SANCHEZ

(Especial para EL DIA)



La humilde tumba de Parra del Riego



ESTOY muy lejos del Uruguay pero aun siento su presencia viva. Diez años de permanencia en un país es difícil borrarlos de la memoria, sobre todo cuando se ha vivido en él como en el propio hogar como en la tierra propia. Así debían vivir los seres humanos a lo largo y lo ancho del planeta. La palabra "extranjero" tendremos que borrarla en el futuro de todos los idiomas del mundo porque es una barrera que separa a los hombres, una oposición al concepto de la convivencia social.

Cuando arribé a Carrasco se iniciaba el invierno y Montevideo ostentaba el encanto de su melancolía, con sus casas recubiertas por la pátina del tiempo, con sus árboles desprovistos de hojas. Era algo nuevo para mí, acostumbrada a la visión permanente de la soleada tierra venezolana. Después de muchos días glaciales llegó la primavera y la ciudad melancólica adquirió una nueva vida, pues se transformó en un jardín. Flores por todas partes, en los árboles, en las avenidas, en los balcones y terrazas, en los patios y los parques. Había un derroche de luz y de color. Era una ciudad vestida de fiesta.

Entonces pude apreciar el equilibrio que el pueblo uruguayo había logrado en su quehacer cotidiano. Durante el invierno se cultivaba la vida espiritual en una temporada de grandes conciertos, de obras teatrales de trascendencia, de "ballet" estilizados y románticos o en las salas de conferencias y recitales abiertas a un público numeroso y su ansiedad de conocimientos. En el verano, esta inquietud cedió el paso al ejercicio del músculo, al estímulo de los deportes. Olas de turistas invadieron las playas. Se abandonaron las ropas pesadas y los salones calurosos y encerrados para entrar en contacto con el mar, el sol y el aire. La estación imponía una existencia errátil, a la intemperie.

Pude apreciar también en esa República del Sur —desde otro ángulo para mi observación— el juego del civismo: los dos grandes Partidos políticos que tienen como centro de su ejercicio los idearios de Batlle y Ordoñez y Luis Alberto Herrera; la perseverancia de Emilio Frugoni y de su tienda socialista, y la gestión de otras agrupaciones políticas que no giran en torno a determinados nombres pero que cuentan en sus filas con figuras de talla.

Y las preocupaciones sociales de la mujer. Fue una de las precursoras, en América, del movimiento a favor de los derechos civiles y políticos femeninos.

El Uruguay que yo conocí

Y casi simultáneamente con esta actitud propia de un país democrático y su meta de igualdad social, hubo el estupendo brote literario personificado en María Eugenia, Delmira y Juana, raíz de una obra femenina uruguaya en la poesía y la ficción, de trascendencia en los países de habla hispana.

La cultura de un pueblo no se mide por determinados grupos sino en conjunto. En todos los sectores sociales pude observar la afición al arte y las Letras. En el núcleo económicamente poderoso, en la clase media y en el área de los trabajadores, las ideas jugaban un papel importante. Se habían descartado muchos prejuicios y costumbres que eran un lastre para la evolución del país. Los centros de estudio, las asociaciones culturales y científicas y los órganos de prensa en su multiplicidad, eran un instrumento al servicio de la opinión pública.

El Uruguay había alcanzado esta plenitud, gracias a una legislación muy avanzada y a un amplio clima de libertades. Había desterrado la violencia como medio de lucha y logrado formar sus cuadros de civiles y militares con una conciencia institucional. Y en el Exterior gozaba de un gran prestigio conquistado con el ejemplo de su conducta cívica y de sus leyes de vasta protección a la ciudadanía.

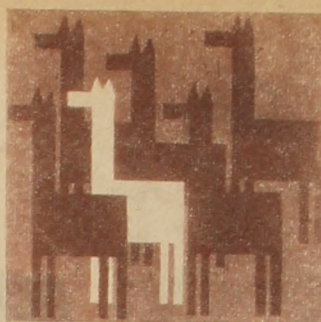
¿Errores? ¿Deficiencias? Si no los hubiera habido, este país no pertenecería al mundo. Habría que citarlo como algo irreal, como un país de ensueño. Mas lo cierto es que para contrarrestar cualquier falla de su sistema político-social ha existido lo positivo y lo ejemplar, digno de ser tomado en cuenta si se hace el balance de las estructuras sociales de la época.

Digo como lo conocí. La huella que el pueblo uruguayo dejó en mi espíritu con su hospitalidad, con su sentido de colaboración y su sensibilidad humana. Uruguay, la tierra que junto con Venezuela sigue siendo mía.

Lucila PALACIOS

Londres, julio de 1971
(Especial para EL DÍA)

El amauta curioso



ESTA vez, tras las sandalias del inca Garcilaso y de Huamán Poma de Ayala, de los Palma y los Basadre, de los Tello y de los Sánchez, entre buceadores del **ser peruano** que importan. Han sido dos semanas vividas en la plenitud escenográfica original y en el añorado marco de mestizaje cultural ineludible para toda búsqueda coprensiva. La mochila docente del "amauta" viajero está cargada de apuntes disímiles atesorados en su intención de escribir "más tarde", "después", aquello que ha despertado su atención y puede servir para interpretar y valorizar. Aunque su espíritu se ve trabado en la impotencia de calar con precisión, por debajo de superficie, en la convicción de la insuficiencia del tiempo para llegar tan hondo como sea preciso, y se atemoriza ante el recuerdo de equívocos y ridículos que aprende y sorprende de tantos cronistas apresurados, audaces, o interesados.

Por eso su vacilación es mayúscula cuando intenta ordenar datos y referencias, experiencias y emociones vividas por sí solo, emanadas de su exclusivo impulso, seguramente al acaso, en verdadera constante de inorganicidad, o ayudadas y llevadas de la mano por la "Corturperú" y similares de divulgación turística, o por el Instituto Nacional de Cultura y otras planificadas organizaciones oficiales. Que le ofrece un mundo impar de hombres y de almas, de simas y de alturas, de floras y faunas; infinitud de pieles humanas en las que priva el encanto de la "piel canela"; la dinámica y estática del acontecer en su torno, en la entremezcla del motor y la electrotecnia con la llama, la alpaca y la vicuña; la plenitud vegetal de las selvas; la adustez y la riqueza del litoral marítimo, todo acompasado a una historia de miles de años, en el arcano de la más variada arqueología olvidada o ignorada, develada o escondida, enhiesta o derruida, pero siempre valedera en sus huellas y testimonios. Que le hace enmudecer y estremecerse ante

el gran gorro cuzqueño de Machu Picchu y las ciudades perdidas u ocultadas; extraviarse en la ruta catamarqueña harto fatal para Atao Wallpa; deslumbrarse y atormentar su epidermis en las cimas de Huancayo; asombrarse ante la severidad monacal de los templos y terraplenes de Pachacámac; admirarse ante el encaje y rejerías de madera y de hierro de los increíbles balcones sobrevolados y ante la fusión de piedras y muros de un archivo material de culturas; curiosear en sus incontables mercados y políromas artesanías del hoy y del ayer; sorprenderse ante el grito popular de un "Chin pum Callao", o de la rémora de la denominación monárquica del "Real Felipe" en época republicana (aunque la admiración lugareña llame al gran fuerte del Pacífico popularmente "Rodil", nombre de su más heroico defensor); encantarse ante la estética del verde de los vecinos de San Isidro, que han defendido celosamente sus cuatricentenarios olivos, constituyéndolos en motivo central de una paisajística que siempre han señoreado; y algo así como iniciarse en los misterios de sus huacas colmadas de vestigios de los tiempos más lejanos, sean tejidos, cerámicas, metales preciosos de la utilería cotidiana, inclusive en la incógnita de sus "fardos" sagrados y de alguna momia milenaria que posee la insólita cabellera de un metro veinte centímetros de longitud...

Claro que cuando repasa esta síntesis pincelada de conjunto, se da cuenta que no ha apuntado el pujante sentido de modernidad y progreso de sus ciudades, reflejada en aeropuertos, canalizaciones, diversidad de obras ingenieriles y urbanísticas de "pueblos jóvenes" o rascacielares centros cívicos, barrios residenciales, autopistas y supermercados... Y que no ha dejado constancia de la fraternidad de sus buenas gentes que en forma generosa lo han hecho compartir sus casas y paseos, poderosos o humildes, su comida indígena o criolla, su "pachacámanca" (afín

al curanto chileno), y su "piqueo" de "anticuchos", "chicharrones", sus "tamales", "chupes", "ceviches", sus "camotes" y "mazamoras moradas". Ni sus abundantes y concurridos circos, hipódromos y estadios. Y de cosas tan importantes como una doble docena de Universidades que detectan e impulsan realidades y deseos, necesidades y progreso, sabiduría para la dinámica, en fin. Ni del fondo y trasfondo de su realidad social.

Pero como tiene que elegir, prefiere que su primera estampa peruana destaque un valor general, símbolo auténtico de todos los "mentizajes" espirituales y materiales. Por eso selecciona la que le brinda el homenaje sesquicentenario de su independencia nacional (en cuyo V Congreso Internacional de Historia de América ha intervenido) en la forma de muestra de sus músicas y danzas folklóricas, que ofrecen un imponderable hilván histórico de veinte siglos, sea en la espontaneidad del arte popular directo llevado a cabo en la plaza pública, o en la estilización montada en el Teatro Municipal.

Ahí va por las calles de Lima, que le recuerdan Madrides y Andalucías colmadas de seres que viven y alientan las esperanzas del siglo, y en su proteísmo racial, en la variedad de vestimentas y modas diversas de tiempos y lugares de antaño y hogaño, demuestran su altiva unidad patriótica manifestada en lluvia de pabellones y banderines rojiblancos que lucen casas y vehículos, en el deseo de todas las superaciones. Ahí está sentado en la mismísima arena apisonada de la Plaza de Acho (célebre circo taurino), presenciando bajo el húmedo marco penumbral de la estación, un programa de treinta músicas, cantos y danzas, que es escueto muestrario de dos mil expresiones de su arte popular, que bucea desde sus orígenes indígenas, pasa en procura de su ensamble y adaptación al aporte del conquistador blanco, en su evolución o estancamiento, individual o colectivo, al diapasón de las transformaciones estructurales, para alcanzar sus estilos y ritmos contemporáneos.

Por la entrada del "toro" irrumpe en la pista el múltiple desfile de conjuntos que pertenecen a 23 departamentos y varias provincias. Ofrece su cortejo un emotivo y exótico espectáculo de innarrable expresión audiovisual, que cámaras y micrófonos oriundos y extranjeros registran ávidos e imprudentes para su documental. Claro que la atención del espectador foráneo se siente más atraída por valores que desconoce o le sorprenden. En primer término la reviviscencia de lo aborigen a través de políromos atuendos, extraños símbolos y espeluznantes máscaras, armonizados en danzas y cánticos de alcance místico, guerrero, o simplemente festivo. A la par del silvestre sonido de sus flautas antaras, zampoñas o quenás, del caracol del pututo, los silbato y pitos, el pincullo, la tinya con mango, los cascabeles y sonajas atados a brazos, piernas y bastones, que promueven y arrancan expresiones de amor, tristeza, alegría, burla e ironía, venganza y revancha, ímpetu o fervor. Las evoluciones individuales y colectivas enlazan manos, piernas y cabezas, y circulan y encadenan personajes y coros, en modulación progresiva de ritmos de zapateo acompasado que terminan en delirio y frenesí, en algarada y jarana apoteótica y entusiasta, en las realizaciones más comunicadas y festejadas. Así como también cuando el "wayno" cuzqueño gana la plaza en las arpas primitivas, un sagrado respeto silencio en atención, señoreando preferencias. También llega a privar en el extranjero, el pegajoso contagio del "Tondero" y el "Alcatraz" de negricholos y afroyungas que levanta en vilo y conmueve con la vivacidad del colorido de ropajes, la intencionalidad de las letras, y la conmoción de sus ritmos de estruendo llevados a guitarra, tambores, quijadas de burro y cajones de peculiarísima resonancia.

En la ambientación estilizada se cuenta con el concurso de la soprano María Oliva, del arpista Florencio Coronado, y de los conjuntos musicales y ballets "Las Cuerdas del Lago", las "Estampas Peruanas" y los "Tusuy Takiyinchis", todos de consagración nacional e internacional que ofrecen "llameras", saludos a la "Mamapacha" (tierra madre), danzas al Inti-Raymi (dios Sol), "chonguinada", "pandilla", "Carnaval de Tinta", el "waylarús" simbólico del cultivo papero, "festejos negros", valeses y la muy nacional "marinera".

En suma, importante síntesis ilustrativa de una veta folklórica inabarcada, fuente e imperecedera, en camino de estudio y divulgación, expresión valedera de doscientos siglos de tradición cultural popular. Traído de cumbres y selvas, de lagos y costas, al malecón del Rimac y la plaza sin toros del Acho, en el camino ciudadano "del puente a la Alameda"...

Flavio A. GARCIA



Bianeta de la zamacueca y la mozamala, la "marinera limeña" es una variante de la "marinera" que se considera como danza nacional del Perú.



La "Llamerada", danza pastoril, mensaje ritual del quehacer diario.



El "Carnaval de Tinta", simbiosis euro-incásica, en peculiar expresión cuzqueña.

Una foto histórica, tomada durante los Cursos de Verano de 1934, oportunidad en que por primera y única vez se reunieron las tres figuras femeninas más acaudaladas de la poesía de América: Gabriela, Alfonsina, Juana. (Archivo de D.T.R.).



Presencia de la Mujer en el Suplemento

CON el de hoy, que corresponde al número 2.000, este **Suplemento** cumple prácticamente la cuarta década de su incorporación a la vida del periodismo nacional.

Dos mil semanas en que, domingo a domingo, puntualmente, con la regularidad matemática de un cronómetro de marca, él llega amistosamente a manos del lector, a la hora del desayuno, con su mensaje de temas literarios y sociales, de historia y de arte, de poesía y de ciencia, de teatro y de música, de ballet y de cine y de folklore.

Acontecimiento jubiloso éste, de la bímilésima edición, propicio para valorar en sus justas dimensiones, la obra de fina docencia estética realizada, a ritmo de estrella, "sin prisa y sin pausa", desde aquel memorable 2 de octubre de 1932, en que la intuición de Lorenzo Batlle Pacheco convirtió en melodiosa realidad la sentencia poética de Antonio Machado:

"Caminante, no hay camino.
Se hace camino al andar."

Y ya van cuarenta generaciones de golondrinas que —desde aleros de rojo pitimín o volando entre alegres cometas infantiles— atestiguaron cómo se va "haciendo camino al andar"; cómo la línea del surco avanza y avanza con fe en los nobles destinos de la civilización; cómo la siembra trabajosa de los años se multiplica en doradas espigas de rango espiritual.

Por estas columnas desfilaron y desfilaron nombres prestigiosos, de distintas épocas, locales y foráneos, que contribuyeron y contribuyen a que el **Suplemento** sea, —como lo soñó su ilustre fundador y como se sigue proyectando en la clara perspectiva de su ruta una imagen viva del pensamiento y la sensibilidad de nuestra cultura.

A todos ellos, en esta grata fecha celebratoria, los diezmos y primicias de nuestra simpatía, deudora de tanto momento feliz de emoción y deleite íntimo.

Especialmente a la mujer que, en opinión de Rousseau, constituye, en plural "la más bella mitad del mundo" y que, parodiando al ilustre filósofo, diríamos que constituye "la más bella mitad del **Suplemento**".

La Mujer mito, de esencias oníricas, misterio de duendes, linaje de alegoría y la otra Mujer, la humana, costilla de Adán, barro almagado de estrellas, corazón de pájaro, lindera del símbolo, con una gota de sangre de las Nueve Musas en sus venas.

Tanto una como otra, mujeres ambas —de misteriosas afinidades— ornamentaron y jerarquizaron, a través de dos mil semanas, y en la medida de sus dimensiones líricas, el texto y el diagramado de estas páginas, en proceso ininterrumpido de evolución ascensionista y vital.

La una, inmortalizada por los genios de la paleta, el cincel o la gubia, pero en la hornacina o el pedestal, en el retablo de las catedrales o en la plaza pública, en los muros del Museo o en los rincones polvorientos de algún "atelier" bohemio.

La otra es la que anda y se mueve y vive como nosotros, sujeta a las comunes leyes biológicas, y respira el mismo aire que nosotros, pero tocada con signo de elegida y se eleva hasta tocar el cielo con los dedos y hace crecer rosas en sus manos y bajar ángeles a la tierra y cambiar los destinos del mundo. Femenina y eterna como el nombre de las tres virtudes teológicas: Fe, Esperanza y Caridad.

La Mujer, en figura mitológica, de oro y mar-

fil, como Athenea Parthenos, de Fidias, maravilloso reflejo de la Grecia antigua; o en un pentélico renacentista de Miguel Ángel, como "La Pietá", de pura esencia cristiana, primicia de la Basílica de San Pedro; o en el mármol alado de la gigantesca "Victoria de Samotracia", que inviste de señorío el umbral del Louvre; o en la vigorosa heroína de "La Marsellesa", de Rude, más carne y hueso que bronce, que parece desprenderse del Arco de Triunfo, en ímpetu avasallante de coraje; o en la monumental estatua de "La Libertad" de Bartholdi, empuñando en alto la simbólica antorcha que alumbró al mundo desde la isla de Manhattan, en el puerto de Nueva York. La Mujer, en una de las "Madonnas" de Rafael, tocadas por el misterio de lo indiscifrable; o en el óleo maestro de Leonardo, que pintó para la eternidad la sonrisa de su Gioconda; o en las formas desnudas de La Maja con que el pincel de Goya sigue asombrando al mundo; o en la ternura exquisita con que Rembrandt immortalizó los ojos de su Saskia. Y la Mujer en las tallas y los vitrales; y en los camafleos y en los medallones y las estampillas postales.

Y la otra Mujer; la figura viva y palpitante; la que tiene que modelar su propia estatua y pintar su autorretrato, no en el "atelier", ni ante el espejo, ni ante los pomos de colores, sino heroicamente, a pluma y corazón, creando el poema que la refleje, la página que la identifique, el pensamiento que la redima del olvido, la imagen que la entronice en el corazón de los públicos. La que tiene que darse en permanente entrega de talento y sacrificio, proyectar su propia luz, alimentar su propia lámpara, "hacer camino al andar".

Muchos son los nombres de este esclarecido tipo de mujer que honraron con su firma la plana del **Suplemento** en el decurso de casi cuatro décadas. (Nos place subrayarlo en momentos en que celebramos las bodas de plata de la ley que le otorgó los derechos civiles).

Al patronímico victorioso de Juana de América —fulguración de primera magnitud bajo la Cruz del Sur— corresponde agregar el de una pléyade admirable de colaboradoras —de sienes nimbadas por el laurel, unas; de inquebrantable fe en los valores eternos —numerosos, lo reiteramos— que justifican el aserto de que "las mujeres constituyen la más bella mitad del **Suplemento**".

La integraron, entre otras, las hermanas Inés y Clotilde Luisi, Esther de Cáceres, Lucila Palacios, Isabel Pinto de Vidal, Carmen Conde, Rolina Ipuche, Susana Salgado Gómez, Matilde Garibaldi de Sabat Pebet, Blanca Samonati de Parodi, Sara Vaz Ferreira de Echevarría, Matilde Vaz Ferreira de Durruty, Adda Laguardia, Laila Neffa, Estrella Genta, Arsinoe Moratorio, Florencia Fajardo Terán, Iris de López Crespo, Julieta Gómez Paz, etc.

A todas ellas, en la actitud rendida de "El Caballero de la mano en el pecho", nuestra hidalga reverencia de admiración, especialmente —¿cómo no mentarla en párrafo aparte?— a la Directora del **Suplemento**, Dora Isella Russell, pluma de acaudalado prestigio internacional, que viene iluminando estas páginas desde hace más de 17 años, con sus preclaros talentos de Poeta del Periodismo.

Emilio Carlos TACCONI

(Especial para EL DIA)

DECIA Ignacio Núñez, Comisionado del Gobierno de Buenos Aires, en 1826, refiriéndose a la Villa de San Pedro del Durazno: "Este pueblo destituido de todo recurso y sostenido tan sólo a expensas de la concurrencia accidental de la tropa".

Imagen exacta de la recién nacida población, determinada social y económicamente, por su marcial origen. Pero, en 1825, el Teniente de Húsares, José Costa, no había tenido empacho de pronunciar el primer cumplido histórico para el mísero rancharío, llamándole en flor de homenaje: "hermoso pueblo de Durazno".

Trazada, según De la Sota, por el agrimensor Felipe Sánchez, la Villa trataba de imponer el geométrico planteo de la fundación, alineando las rústicas viviendas de barro sobre el barro, con voluntad de liberarse un día de aquel su humilde destino alfar.

El "golpe tremendo del caballo en medio de la Plaza en que había una multitud de gente" que sufriera Lavalleja, y recuerda Brito del Pino, y el hombre maltrecho de Rivera, de una rodada "por andar de juguetes con Mansilla", que el Caudillo refiere en chispeante misiva, fueron memorables consecuencias del cabalgar sin tino por las fangosas vías del Durazno.

Sin embargo, por ellas anda el bizarro Teniente de Húsares José Costa, ajeno a tales carencias, luciendo, con muy "nacional" ufanía, su flamante uniforme: chaqueta celeste de paño, tres hileras de botones blancos de bomba en el pecho, pantalón azul y blanco, morrión de cuero de toro y en la frente una calavera como Húsar de la Muerte, bota, cartuchera a media espalda, espuela y espada ricas y recado de paño azul con vivos y borlas celestes.

Galano el traje y la palabra galana: "hermoso pueblo de Durazno". Cabe suponer que para aquellas mujeres lugareñas "de buen porte", en la admiración del General José María Paz —cuya manquedad no le cohibía la espada, ni la pluma— no pasará inadvertida la estampa del mozo oficial que con arrogancia tan viva preciábase de ser un Húsar de la Muerte...

La modesta Villa, desde una altura con suavidad declinante hacia el YL recelosa de las crecidas que a veces llegaban hasta el cementerio "de abajo", y atalayando el famoso Paso del Durazno, reunía sus chozas donde anidaba la hueste fundadora de pura cepa gaucha —levadura de los Dragones de la Unión— y cuya suerte estaba unida —carne y uña— al Caudillo supremo: Rivera.

El va y viene "y las chozas lo presienten —del fondo de sus ojeras— arreglándose pulidas— las batas de madre selva".

También los indios con nombres de agudas eufonías, como cantos de pájaros —Guarupá, Chiaré, Ara-

Aquellos

membí, Sandubú— plantaban sus chozas de ramas enarcanadas, por los campos aledaños. Dándole al poblado esa fisonomía que hace que el Padre Juan Antonio Salas, lo designe "un pequeño pueblo de indios llamado Durazno".

Podía ocurrir que alguno de ellos se afincara entre los habitantes blancos. El "Indio Biolinista" lo había hecho, tal vez, en mérito a la calidad de su oficio, tan solicitado, sobre todo, para las ceremonias religiosas.

No faltaba en el conjunto étnico, el negro, compartiendo el techo de sus amos o levantando su propio rancho como el moreno Amaro Luis, que lograra la libertad y "un área de chacra a 6 cuerdas al O. de la Villa". Y un rancho costaba entonces, en el Durazno, 100 pesos, "choza de palo a pique y quinchá de paja con una cocina pequeña de 8 varas de largo y 5 de ancho con la puerta de tabla", es la que vende, a este precio, Don Felisberto Casales a Doña María Mercedes Benes.

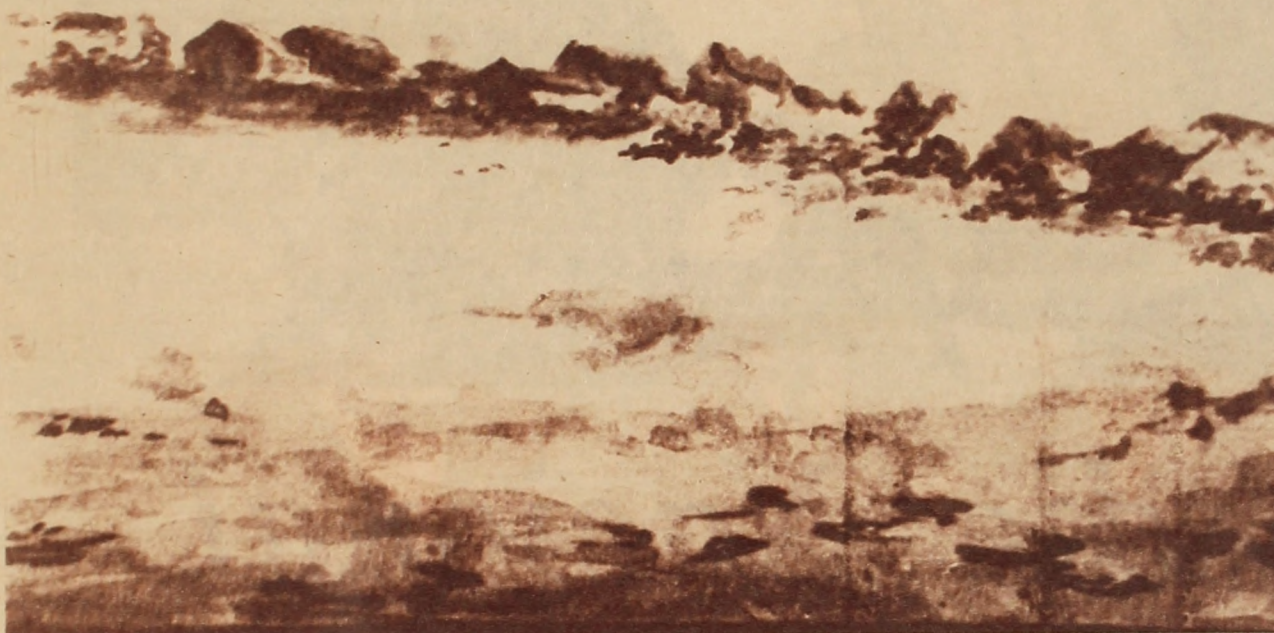
Y no difiere mucho, en comodidades y precio, de la vivienda que compra Don Felipe Martínez, futuro Alcalde Ordinario y Jefe Político, a Doña Bernardino Benites, frente a la Plaza Mayor.

Ranchos, de acogedora tibieza que solía ser impotente ante el rigor invernal, provocando la protesta de sus estoicos moradores. Así, Don Frutos escribe con los dedos agarrotados, que no el corazón, a su "amada Bernardina": "Todos los días me acuerdo de ti por los fríos que hacen pues ni en los ranchos se pueden soportar".

El único rancho con paredes de piedra, era el de Bonifacio Isaz. Estaba ubicado en un solar de privilegio, "en el sitio prevenido desde el origen de este pueblo para casas consistoriales y no pudiendo tener lugar por su escasez", se le asignó al referido Isaz,



Ranchos pertenecientes a Servando Gómez, frente a la Plaza Mayor.



La modesta Villa, desde una altura de suavidad declinante hacia el Yí.

Los indios plantaban sus chozas de ramas enarcadas por los campos aledaños.



ranchos del Durazno de 1825

alias Calderón, que padeciera mentado extravío en el rumbo recién abierto de la Independencia, dejando a su esposa, Doña Santos Verdún, en afligida soledad duraznense.

Rancho pobre donde se albergó el gobierno pobre de la Patria Nueva. ¡Qué orgullosa diérale sede la esposa abandonada, "con la comodidad que era capaz de proporcionarle!"

Y con qué entusiasta reverencia estuvo toda la jornada del 4 de mayo, la bandera tricolor de "los Patrias", en ese mismo rancho, luego de ser izada en una lanza y paseada en triunfo por el pueblo, el primero que la juraba en la Provincia: "la bandera que llevaba tras sí los corazones".

La historia dominial de este rancho, que se iba volviendo histórico, ofrece una instancia sugestiva. Su dueña debió probar el derecho de propiedad que le venía desde la Fundación, con un alegato donde se expresaban argumentos de esta índole: "ni haber vivido el Sr. Gral. Lavalleja (tanto tiempo) y no pagándome los alquileres, ni haberme hecho cualquier género de bien hechurías, ni ninguna otra cosa que el derecho no permite, ni puede autorizar a nadie para perpetuar el atentado de despojar arbitrariamente la propiedad a un ciudadano, a un vecino de un pueblo, cualquiera que sea".

En la cuestión jurídica testificaron personajes importantes de la Villa. Benito Ojeda, conviniendo con Lavalleja y, avalando el reclamo de Doña Santos, entre otros, Servando Gómez, a quien el Alcalde Ordinario Don José Leal, recibió juramento de decir la verdad "que lo hizo por Dios Nuestro Señor poniendo la mano sobre la cruz de la espada".

De ese rancho salían, urgiendo chasques, Circulares como la del 15 de mayo "para la adopción de medidas tendientes a la conservación del orden y a

ofrecer garantías a la propiedad y a la vida de los habitantes de la Provincia", firmada por Rivera y Lavalleja, en conjunta fama.

O aquélla de la "Exposición y exhorto patriótico del General Rivera a los pueblos y habitantes de la Banda Oriental", del 16 de mayo.

Y Bandos, como el indulto magnánimo de Lavalleja, del 20 de octubre. Y allí se redactó el Parte de la Batalla de Sarandí, el 13 de octubre, dándole vuelo definitivo a la frase famosa: "sable en mano y carabina a la espalda".

Y un rancho era la iglesia, Luciente de jalbegue, colmado por el fervor del vecindario cuando los funerales a los muertos en Rincón y Sarandí. O cuando las excepcionales honras al Capitán Justo Machuca que mereciera el renombre de "Valiente" y en cuyo túmulo se inscribiera la leyenda "Murió por la Gloria".

Fray Manuel Ubeda y el Padre Pedro Nolasco Prado, rasparon con sus testimoniales plumas de ave, las páginas primeras de los primeros libros del templo que empezaba a llamarse "de San Pedro", como el pueblo, dejando constancia para lo divino y lo humano, de los acontecimientos vecinales.

Tal el bautizo del infante Juan Bernardo, nieto de Julián Laguna, uno de los "liones" del Rincón, con padrinos eminentes: Don Frutos y Doña Bernardino.

O el que presidieran Andrés Latorre y Doña Ana Monterroso, también ilustres padrinos, de Juana María Zenona del Corazón de Jesús, hija de Benito Ojeda, el capitán baquiano.

O aquel otro, donde se puso "óleo y chrismo" con la significativa presencia de Hipólito Casiano Cuadra y su esposa María Cayetana Leguizamón, La Guayreña.

Y otros más que apadrinaran el Coronel Felipe

Duarte o Juan de Dios Padilla, el famoso "Carnabal". Y otros.

También casamientos de mucha bulla solariega como el de Bernardino Arrúe y el de Juan Santana.

Y los óbitos, que expresaban el espléndido sacrificio duraznense, con dos camposantos ya, colmados por el habitual tributo heroico a la Libertad. En ambos se dio sepultura a los oficiales y soldados muertos en "el combate del Sarandí".

Todos estos, sucesos relevantes acaecidos en el rancho de la Villa de San Pedro del Durazno, cuando ella era el corazón de la Provincia, "la linda y desgraciada Provincia Oriental" que dijera Pedro Trápani.

Corazón militar, político y administrativo; corazón geográfico, además, que debió haber ostentado en su escudo un mote de prosapia fiel: "Ser corazón, tal es mi don".

Ranchos aquéllos donde Doña Ana Monterroso, la Gobernadora, "el alma de la espada del General" Lavalleja, deponía cordialmente su tiesura patricia, a ras del vecindario que admiraba en ella, queriéndola, a la primera dama de la Provincia.

Ranchos donde Doña Bernardina Fragoso, la Generala, recibía a sus comadres y compadres, a sus ahijados, tantos y tantos, en el común visiteo y derramaba su filantropía, sin remilgo y sin tasa, digna esposa de quien manifestaba "yo no soy ni ecido ni seré cino oriental nomás liso y llano como dicen los paisanos".

Ranchos, sin distinción de razas ni de rangos, en cuyas bocas ahumadas por la leña fuerte del Yí, alentaba la Patria, aquel año de Gloria de 1825, en la Villa de San Pedro del Durazno.

PEDRO MONTERO LOPEZ

(Especial para EL DIA)



La Comedia Nacional

1948. — Una nota gráfica que es historia. El celebrado dramaturgo argentino D. Rodolfo González Pacheco lee al elenco oficial su obra "Cuando aquí había reyes..." estrenada con éxito poco después. Junto al escritor vemos al crítico Cyro Scoseria, al comediógrafo argentino Enrique Gustavino que tuvo a su cargo la dirección del espectáculo, a Justino Zavala Muniz, presidente de la Comisión de Teatros Municipales, a Carlos Calderón de la Barca, director de escena de la Comedia Nacional, al musicólogo Lauro Ayestarán, que seleccionara la música para la mencionada obra, y al autor de esta nota, Sr. Curotto. (Foto superior).



1952. — Los tres grandes directores, Orestes Caviglia, Margarita Xirgu y Armando Discépolo que, con su talento, experiencia y disciplina afirmaron el prestigio del elenco municipal. (Fot. tomada en el escenario del Solís, la noche del estreno de "Tartufo").

CUANDO el 2 de octubre de 1947 inició sus actividades la Comedia Nacional no fueron muchos los que creyeron en su destino. Era un elenco formado por artistas nacionales, algunos de esporádicas actuaciones en la escena y otros de larga labor ante el micrófono, rodeando a unas pocas figuras profesionales y todos al servicio de un repertorio netamente de autores uruguayos. La Comisión de Teatros Municipales presidida por Dn. Justino Zavala Muniz puso énfasis en que esa nueva tentativa de un teatro oficial, comenzara con humildad y por eso mismo, se fijó el precio de la platea en cincuenta centésimos. Había que lograr un teatro nuestro y un público para sus espectáculos, un teatro oficial que sirviera al país con una manifestación cultural al servicio del arte y del idioma en la expresión de nuestros escritores y de los escritores universales, clásicos y modernos.

Quienes rigieron los destinos de la Comedia Nacional en aquellos días ya lejanos escamotearon las zarandeadas reuniones de prensa para anunciar lo que la mayoría de las veces no se puede cumplir; pero sabían lo que se proponían y hacia adónde iban, atentos siempre al pulso del desarrollo de la temporada. El teatro no es un arte improvisado, pero como toda manifestación humana, es una expresión de rectificación o de ajuste frente a la posición o exigencias del público. Sin la comunión de intérpretes, textos y espectadores, ninguna manifestación artística funciona.

La preocupación permanente de quienes tuvieron en sus manos la vida y futuro de la Comedia Nacional fue determinando año a año la evolución de un instituto al que nuestro pueblo fue volcando cada vez mayor apoyo. Una prensa que, en un principio, fue, en parte indiferente y en parte agresiva, no impidió que todos los que estaban en la empresa, directores y dirigidos, vacilaran un instante acerca de la nobleza del camino que se había emprendido. Y así se fueron superando las etapas hasta conformar un equipo de buenos comediantes con un repertorio de grandes proyecciones. Montevideo comenzó a enorgullecerse de su Comedia Nacional y todo el País, año a año, esperaba la visita del conjunto con los brazos abiertos. Pero los grandes espaldarazos fueron logrados en el extranjero — Buenos Aires, Santiago, París, Roma... — donde público y prensa estimularon a nuestros comediantes con los aplausos más calurosos y los elogios más cálidos.

"Dentro de treinta años se sabrá la importancia de la Comedia Nacional en la cultura del País", decía con frecuencia Zavala Muniz ante las severas opiniones de quienes no creían.

Las estadísticas que acompañan esta nota, señalan en números fríos la importancia de la labor cumplida en casi un cuarto de siglo: número de obras que se fueron incorporando al repertorio, nacionales y extranjeras; cantidad de espectáculos ofrecidos en la Capi-

tal, exterior e interior; cifras de espectadores. Y el ascendente precio de las localidades, barómetro de la pavorosa inflación de los últimos años.

Resulta también importante conocer cuáles han sido las piezas que lograron mayor número de representaciones, porque ello indica las preferencias de nuestro pueblo sin que ello signifique en algunos casos una valorización justa, frente a otras grandes versiones dramáticas que no alcanzaron apoyo similar.

Muchas consideraciones se podrían agregar, pero estimamos que los números cantan, también, una clara advertencia para quienes tienen la responsabilidad de orientar y dirigir el elenco oficial y es la merma de espectadores. La Comedia Nacional viene perdiendo público. De un millón cien mil espectadores de la primera década (1947-1956), bajó a ochocientos mil espectadores en el segundo decenio (1957-1966), reduciéndose a trescientos veinticinco mil asistentes en el quinquenio 1967-1971, lo que significa casi un cuarenta por ciento menos de localidades vendidas con relación a sus primeros diez años.

También se fue reduciendo el número de espectáculos en el interior del País, que pasó de 487 funciones en la primera década, a solamente 48 en el último quinquenio, sin olvidar, también, que se ha venido reduciendo el número de representaciones

(Continúa en pág. siguiente)



Recuerdo de una gran noche de la Comedia Nacional del Uruguay, abril 5 de 1956, en que nuestro elenco oficial se presenta por primera vez ante el público argentino desde el escenario del Teatro Nacional Cervantes, en una emocionada fiesta de amistad rioplatense. Vemos en la foto, captada en el patio de camarines de la citada sala, junto al autor de esta nota, a cuatro personalidades que en horas difíciles para la libertad, encontraron refugio y trabajo en nuestro País: Dr. Alfredo L. Palacios, Orestes Cavaglia, Curotto, Juan José Castro y Margarita Xirgu.



1955. — La Comedia Nacional sale hacia la ciudad de Artigas para iniciar una gira por todo el País. Vénse junto al avión, en el aeropuerto de Carrasco, a las actrices China Zorrilla, Carmen Casnell, Estela Medina, Estela Castro, Cristina Lagorio y Herita Stern, y a los actores Alberto Candéu, Enrique Guarnero, Héctor Cuore, Ramón Otero, Horacio Preve, Walter Vidarte, Wagner Mautone, Omar Giordano, Jorge Triador, P. García Barca, Hernán Puig y D. Haendler.

(Viene de pág. anterior)

anuales. Esto, en parte, es atribuible a la actual organización del instituto, donde el simple cambio de cartel significa la clausura de la sala al público por una, dos, tres o cuatro semanas. Ignoramos si esto responde a un nuevo estilo o, como la supresión de las dobles funciones en los días sábados, domingos y feriados, señala un sistema de actividad teatral sin precedentes en el mundo.

Muchas otras pueden ser las causas que contribuyen a la disminución de espectadores y los paliativos a que siempre se ha recurrido frente a hechos similares, son siempre los mismos: modificación de los elencos, cambio de repertorio, reducción del precio de las localidades.

Aquella costumbre de incorporar anualmente a la Comedia Nacional a los mejores egresados de la Es-

cuela Dramática, significaba una savia nueva que actualizaba el conjunto. Quede bien entendido que no decimos que deban eliminarse del elenco a ningún integrante, sino agregar a los mejores que surjan, revelando nuevos valores y estimulando a quienes han elegido la carrera del teatro.

El actual conjunto de la Comedia Nacional tiene menos figuras permanentes que en sus años iniciales, lo que no deja de ser una triste paradoja, pues el número de funcionarios administrativos se ha triplicado o cuadruplicado innecesariamente...

Tampoco se explica que se hayan abandonado los teatros de verano. Actualmente, los países de turismo, ponen especial empeño en su realización, como una de las mejores atracciones para los viajeros visitantes. La Comedia Nacional había realizado una rica experiencia en ese sentido con sus fiestas artísticas en el Parque Rivera o Rodó y en los balnearios del

interior. No se explica por qué se ha abandonado una costumbre que prestigiaba artísticamente a la Nación.

No culpamos a nadie. Sabemos que en la Comisión de Teatros Municipales todos quieren trabajar, defender, mantener los valores en alto. En su cuarto siglo de vida, siempre hubo aciertos y desaciertos en la elección del repertorio. El destino de una obra se cumple en el escenario a través de una interpretación. Por eso no es fácil elegir... pero lo que no se debe olvidar tampoco, es que la Comedia Nacional es un instituto de cultural oficial cuya laicidad no puede estar en juego; ni tampoco sus espectáculos con expresiones dramáticas o verbales que si otros teatros pueden o necesitan explotar comercialmente, el elenco comunal no tiene porqué recurrir a ello.

Corresponderá, en marzo próximo a los nuevos dirigentes que le toquen en suerte a la institución, encarar con decisión las sugerencias que los números y los hechos formulan. Las autoridades nacionales o municipales no retaceen su apoyo económico a los institutos oficiales. Pero en cambio, no ponen preocupación en la elección de los ciudadanos que deben dirigirlos. Alrededor de una o dos personas con antecedentes teatrales o intelectuales y con capacidad para la materia, se designan otros cuya honorabilidad no se duda pero cuya integración en el cuerpo dirigente resulta inexplicable... o políticamente explicable. Y así tenemos que, la opinión de los entendidos que, por serlos, trabajan con sacrificio y pasión en una obra que aman, debe someterse, muchas veces, a una mayoría que decide... Y con respecto a esto, terminemos esta nota que invita a la meditación a nuestras autoridades, con una anécdota conocida:

Hace unos años, un nuevo integrante de la Comisión de Teatros, apenas designado, llegó al teatro Solías, recorrió distintas dependencias llegando después a la sala en momentos en que el elenco cumplía su ensayo habitual. Miró con asombro lo que ocurría en el escenario y preguntó al alto funcionario que lo acompañaba:

—¿Qué están haciendo?

—Ensayando, señor...

—¿Y siempre ensayan?

—Todos los días, señor...

—¿Y quiénes son esos cuatro?

—China Zorrilla, Estela Medina, Alberto Candéu y Enrique Guarnero...

—¡Ah!... ¡Qué bien!...

Una hora después, los destinos de esos buenos comediantes y de sus compañeros, de las obras a interpretar y de la institución misma, dependían de ese nuevo dirigente...

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)

LAS OBRAS MAS REPRESENTADAS

Autores uruguayos

	Número de representaciones
BARRANCA ABAJO, de Florencio Sánchez. Dirección: Orestes Cavaglia. Escenografía de José Echave	103
EN FAMILIA, de F. Sánchez. Dir.: C. Calderón de la Barca. Escenografía de Enrique Lázaro	88
LA PATRIA EN ARMAS, de Juan León Bengoa. Dir.: Margarita Xirgu. Escenografía de J. L. Zorrilla de S. Marín	83
NACARINA, de Blanca Bidart Zanzú. Dir.: C. Calderón de la Barca. Escenografía de César Martínez Serra	81
PROCESADO 1040, de Juan Carlos Parrón. Dir.: Alberto Candéu. Escenografía de José Echave	79
ALMENDRAS AMARGAS, de Juan Carlos Parrón. Dir.: José Estruch. Escenografía de José Echave	74
LA ESPADA DESNUDA, de Juan León Bengoa. Dir. Carmen Casnell. Escenografía de Monique Nieves	64
LA SONRISA, de Antonio Larreta. Dir.: Antonio Larreta. Escenografía de Carlos Puig Vázquez	62
UN DOMINGO EXTRAORDINARIO, de Carlos Denis Molina. Dir.: Orestes Cavaglia. Escenografía de Adolfo Halty	59
M'HUO EL DOTOR, de Florencio Sánchez. Dir.: Carlos Muñoz. Escenografía de José Echave	59

Autores extranjeros

TARTUFO, de Molière. Dirección: Margarita Xirgu. Escenografía de C. Martínez Serra	181
EL HOMBRE, LA BESTIA Y LA VIRTUD, de Luis Pirandello. Dir.: Laura Escalante. Escenografía de Mario Galup	155
NOCHE DE REYES, de W. Shakespeare. Dir.: Eduardo Schinca. Escenografía de José Echave	124
LAS SABIMONDAS, de Molière. Dir.: Eduardo Schinca. Escenografía de Carlos Mene Freire	117
FIN DE SEMANA, de Noel Coward. Dir.: Concepción Zorrilla. Escenografía de Adolfo Halty	116
EL ABANICO, de Goldoni. Dirección: Margarita Xirgu. Escenografía de Mario Vanarelli	92
UN TAL SERVANDO GÓMEZ, de Samuel Eichelbaum. Dir.: Rubén Yáñez. Escen. de Teresera Villa y Carlos Carvahio	86
ESE ANIMAL EXTRAÑO, de Chekov. Dirección: Rubén Yáñez. Escenografía de Carlos P. Píerri	82
EL PRECIO, de Arthur Miller. Dirección de Antonio Larreta. Escenografía de Hugo Mazza	78
LOS HIJOS DE EDUARDO, de Sauvignon. Dirección: Josefina Díaz. Escenografía de Juan José Severino	76

COMEDIA NACIONAL (1947-1971)

Año	Precio plaza	Repertorio		Número de funciones			Total	Localidades vendidas		TOTAL
		Nac.	Ext.	Cap.	Int.	Ext.		Capital	Interior y exterior	
1947	\$ 0.50	8	—	85	39	—	124	25.453	12.700	38.153 (1)
1948	" 1.10	6	6	226	78	—	304	70.736	30.108	101.844
1949	" 1.10	6	18	264	14	—	282	100.847	6.384	107.231
1950	" 1.10	5	5	301	2	—	303	120.701	1.170	121.871
1951	" 1.10	4	4	229	56	—	295	80.398	17.000	97.398
1952	" 1.10	3	4	251	66	—	317	99.898	29.999	129.897
1953	" 1.10	3	5	309	40	—	349	113.444	13.020	126.464
1954	" 1.10	2	5	271	28	—	299	83.403	16.115	99.517
1955	" 1.50	3	7	252	36	24	312	102.393	19.079	121.472 (2)
1956	" 1.50	2	7	258	32	70	360	95.133	59.067	154.200 (3)
1957	" 1.50	1	6	249	29	18	296	109.001	35.785	144.786 (4)
1958	" 2.00	3	6	331	16	—	347	98.770	17.970	106.740
1959	" 2.50	2	7	279	31	—	310	72.301	6.745	79.046
1960	" 3.00	8	4	393	14	—	407	81.933	7.973	89.906
1961	" 3.00	2	6	280	3	—	283	77.389	612	78.001
1962	" 3.10	4	6	334	4	—	338	69.106	2.752	71.858
1963	" 8.00	3	0	260	27	3	290	42.620	13.602	56.222 (5)
1964	" 8.00	—	4	172	—	—	172	71.230	—	71.230
1965	" 10.00	1	0	160	17	—	177	37.161	9.151	46.312
1966	" 20.00	3	0	230	4	—	234	50.320	1.122	51.442
1967	" 40.00	1	6	334	—	—	334	73.637	—	73.637
1968	" 60.00	1	4	292	7	—	299	106.728	5.500	112.228
1969	" 100.00	3	3	168	6	—	174	40.716	4.400	45.116
1970	" 200.00	—	1	171	11	—	182	48.771	16.818	65.589 (6)
1971	" 200.00	3	2	122	—	—	124	27.283	—	27.283 (7)
		77	112							

(1) Comprende los meses de octubre, noviembre y diciembre.

(2) Año de actuación en Santiago de Chile.

(3) Año de actuación en Buenos Aires y La Plata.

(4) Festival de Mar del Plata.

(5) Festival de las Naciones en París y espectáculo en Roma.

(6) Actuación en Buenos Aires.

(7) Los números corresponden hasta el 30 de setiembre del presente año.

LO que debería ser tema de una espléndida novela llena de acontecimientos de toda índole, universales e individuales, históricos e íntimos, llena de encantos inusuales, de ternura como de espiritualidad, en una palabra: la vida de Emilia Rauman, será aquí una breve reseña periodística. En verdad, no alcanzarían varios volúmenes si quisiéramos relatar lo que pasó en esa vida inmensamente intensa, noble siempre, fructífera hasta la abnegación.

Emilia une dos mundos, y tan es así que hoy no se sabe a cuál de ellos pertenece con mayor razón o fuerza: al mundo austro-húngaro de su ascendencia o al hispánico de su adopción. Es que en su figura ambos se fusionaron por completo hasta demostrar que para una humanidad superior, a la que Emilia pertenece, todo lo humano es uno sólo. Para el que cree en un destino señalado al hombre desde su cuna, Emilia constituye un ejemplo perfecto. Para el que cree en la tremenda fuerza del espíritu, Emilia es una lección. Y para aquel que reconoce, por encima de todo, al corazón humano el primer sitio en todo cuanto ocurre a través de los tiempos, Emilia es una imagen de esperanza.

¿Hacer su historia? Es demasiado extensa. Sólo algunos datos. Nació en Budapest, en el hogar de un abogado húngaro, de aquellos grandes burgueses del viejo imperio de los Habsburgos cuya cultura y mundanidad fueron ejemplo de la época. Desde muy joven llevó el apodo de "Mimi", un poco francés y popularizado en aquel momento por la bella ópera pucci-



Los esposos Madariaga en su jardín de Oxford — ARRIBA: "Mimi" de Madariaga luciendo su joya preferida, "el corazón de jade", título de una famosa novela de don Salvador, que éste le regaló años antes de su casamiento. CENTRO: Emilia de Madariaga en Locarno.

niana "La Bohème" cuya protagonista así se llama. Mimi creció en un hogar de raras virtudes; sus padres parecían educarla simultáneamente para el gran mundo y para la intimidad de una familia. La llevaron a conocer sistemáticamente los países de Europa, cosa rara y notable entonces. No sólo sus lugares turísticos; los centros de su espiritualidad, sobre todo. Mimi penetró muy joven en la historia y la idiosincrasia de numerosos pueblos. Como todos los húngaros, su talento lingüístico fue asombroso desde la infancia. Llegó a dominar un sinnúmero de idiomas: aparte del húngaro, primero el alemán, el francés, el inglés. Y muy pronto, el italiano, el español, el ruso y el árabe. Sin embargo, fue el español el que más le atrajo. Fuerza es decir que lo que Mimi entendía por "hablar un idioma" no era saber decir "buenos días" o mantener una superficial conversación; era dominarlo en sus más recónditas inflexiones, vivir su espíritu, conocer su literatura.

Casi me olvidé de mencionar una cosa que sin alcanzar quizá la importancia de su desarrollo intelectual tuvo su significado: fue (y es aún hoy) de una belleza poco común. Quien la conoció jovencita, luego casada con un abogado vienés no se cansa en destacar la fineza de sus rasgos, la gracia completamente descomunal y cautivante de su personalidad física. Rara unión de virtudes a la que supo unir otra, tercera,



Emilia de Madariaga, mujer excepcional

Don Salvador de Madariaga y su esposa, con Dora Isella Russell, en ocasión de la visita que aquéllos hicieron a Montevideo en noviembre de 1962.

la más importante, sin duda: la nobleza del corazón.

Hace poco y con el motivo del casamiento de Emilia (que había quedado viuda) con el eminente Salvador de Madariaga (viudo también él después de largos, largos años de exilio), un distinguido intelectual español, Juan Rof Carballo, publicó (en "La Voz de Galicia") un artículo memorable dedicado entero al impacto que recibió, allá por sus años de estudios en Viena, de Emilia, consejera incansable, amiga abnegada, alma generosa, mujer cultísima.

Porque quiso el destino que Emilia Rauman llegue en Viena, entre las dos guerras, a ser casi una especie de embajadora española. Ocupó un cargo consular, gracias a sus perfectos conocimientos del idioma, pero hizo de su departamento comercial la verdadera oficina de contactos entre la República española y la austriaca. Cuando llegó, en calidad de embajador oficial, el ministro Eduardo García Comín, ese hombre inteligente supo reconocer la personalidad y la capacidad de su colaboradora. Los unió una cordial amistad hasta la muerte de García Comín. Y fue en su embajada, en el año 1934, que se encontraron por primera vez, Salvador de Madariaga —que llegó para dar conferencias en Viena— y Emilia. En aquel instante comenzó una de las historias más conmovedoras y bellas. Una unión de tal profundidad que desde entonces toda la obra del insigne escritor, poeta, his-

toriador, ensayista, humanista coruñés es difícilmente imaginable sin la colaboración casi siempre anónima pero profunda de Emilia.

En Viena, el embajador español le distinguió a Emilia invitándola a pronunciar en presencia de Madariaga una conferencia sobre un tema histórico español cuya documentación se hallaba en la capital austriaca y sobre el cual Emilia había hecho estudios muy interesantes. Se inició una amistad sobre la base de mutua estima. ¡Quién hubiera dicho a dónde iba a llegar!

Madariaga nunca se plegó a la revolución franquista. Renunció a su alto cargo de embajador hispánico en la Sociedad de Naciones, se asiló en Inglaterra. La Universidad de Oxford lo nombró profesor. Su nombre se erigió, día a día más, en el símbolo del liberalismo, del humanismo universal.

En 1938, Austria invadida por las tropas nazis, sufrió el desbande no sólo de sus círculos políticos sino, peor en sus consecuencias, el de todas sus fuerzas espirituales. La familia de Mimi llegó a Inglaterra. Y Madariaga encontró la colaboradora ideal. Si alguien hubiera dicho que Emilia fue la secretaria de aquel gran hombre, sólo habría mencionado una mínima parte de su actividad. Su vastísima cultura le permitió a Mimi opinar, discutir, esclarecer; apenas el escritor mencionaba un tema sobre el cual le gustaría redactar un libro, Emilia se ponía en campaña. Y llegado el momento de iniciar el trabajo, Emilia podía no sólo enseñarle un fichero completo con todos los

materiales existentes sino conversarle de la materia con tal conocimiento de causa y de los más mínimos detalles, que el plan de trabajo se extendía delante de ambos con entera claridad.

¡Cuántos escritores sufren durante la gestación de una obra porque, naturalmente, no hay nadie con quien cambiar ideas sobre el trabajo y su evolución! No así Madariaga. Mimi está al tanto de todo, vive los personajes de una novela, dirime en su interior los conflictos que pueden aquejarlos, con la misma intensidad con que los experimenta Madariaga mismo. Poder crear así, ¡qué felicidad! La vastísima obra de Madariaga —digna en realidad, como pocas, de un Premio Nobel— lo atestigua.

Hace muchos años, don Salvador y Mimi viajan por el mundo. Llegaron a menudo a Suramérica donde cuentan con incontables amigos y admiradores. Se encariñaron con el Uruguay en el cual vieron una futura posible residencia. Hasta ahora, las actividades los retuvieron en Oxford, durante los veranos, y en Locarno, en la orilla suiza del Lago Maggiore, durante los inviernos. Su casamiento celebrado hace poco, unió dos almas que estuvieron místicamente destinadas la una para la otra, desde los tiempos de los tiempos.

Dr. Kurt PAHLEN

(Especial para EL DIA)

"Extra" de despedida de "La Estrella del Sur" y su aventuras periodístico-militar.



Estrella del Sur

EXTRA.

SABADO, 11 de JULIO de 1807.

AVISO AL PÚBLICO:

Las circunstancias inevitables del día nos han hecho postponer la publicación semanal de LA ESTRELLA DEL SUR. Informamos solamente que una cesación de hostilidades entre las fuerzas Británicas y Españolas se ha convenido en este río de la Plata. Sobre cuyos particulares no podemos especificar por carecer aun de noticias exactas.

Impreso en la Estrella del Sur

Si nos referimos a las publicaciones periódicas y sus suplementos es forzoso establecer las distintas particularidades de éstos. No es nuestro deseo exponer una clasificación de las formas que revisten, pero sí, destacar las finalidades a las cuales responden.

Destinados en ciertas ocasiones al fin de complementar la edición matriz, como auxiliar, apéndice, o pliego anexo, en materia, por lo general, un tanto distinta a la contenida en la publicación que los genera. En otros casos su estampación se debe al deseo de integrar la edición principal con un conjunto de amenidades para formar un panorama completo de información.

Aparecen también por necesidades imperiosas en dar noticia a última hora, luego de salidos de prensa los pliegos principales. Estos son los casos de las "Hojas sueltas", "Hojas extras" y "Alcances". Nuestro primer periódico, "La Estrella del Sur" ("The Southern Star") imprimió tres: la primera una hoja extra fechada el 10 de mayo de 1807. omitida su reproducción en la edición facsimilar del año 1942 realizada por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, pero existente en la colección de la Biblioteca Nacional de Montevideo; luego de los siete números de esa gaceta, aparece un "Suplement" con noticias comerciales y navieras; finalmente se despidió de sus lectores en laónica "Extra" el sábado 11 de julio de 1807, de la cual surge la gravedad de la hora para los invasores: "Las circunstancias inevitables del día nos han hecho postponer la publicación semanal de LA ESTRELLA DEL SUR. Informamos solamente que una cesación de hostilidades entre las fuerzas Británicas (sic) y Españolas se ha convenido en este río de la Plata. Sobre cuyos particulares no podemos especificar (sic) por carecer aun de noticias exactas".

Otros suplementos valiosos para la Historia son aquellos impresos eventualmente para conmemorar una fecha gloriosa, la vida de un personaje nacional, acontecimientos públicos, resúmenes anuales, etc. Pero al carecer de periodicidad van quedando relegados en perdidos anaqueles y sólo de tarde en tarde son compulsados por bibliófilos o documentalistas.

Esos suplementos, "apéndices" y de carácter extraordinario se hallan unidos estrechamente al periódico



dico que los publica. En cambio los editados con secuencia, poseen dinamismo que les da vida propia, aun como aditamento de sus respectivos diarios.

Los suplementos periódicos, con o sin dirección propia, pero con planes orgánicos, de secciones permanentes, que incluyen firmas de autores apreciados por el público, que ofrecen materiales selectos, apartándose de la severa línea de su diario, viven paralelamente las vicisitudes de éstos, pero toman ciertas formas intelectuales y gráficas propias que los definen como ediciones con personalidad bibliográfica independiente.

Señalé vicisitudes por cuanto ellos sufren las alternativas económicas y políticas de sus diarios. Así existieron suplementos transformados en páginas semanales, o lo que es mejor, secciones independizadas en forma de suplemento. De EL DIA, recordamos el secuestro durante la Dictadura, de las tapas de su suplemento número 35 del 28 de mayo de 1933 y las páginas 13-14 del número 79 del 1º de abril de 1934, censuradas por contener fotografías relativas a la muerte del doctor Baltasar Brum.

Existen casos, en la bibliografía universal, de importantes suplementos los cuales perdieron toda conexión con sus diarios y algunos los sobrevivieron.

La misma palabra SUPLEMENTO sirvió algunas veces como nombre propio de una publicación, así recordamos: "El Suplemento de Barcelona", diario de avisos, noticias y legislación, en 1884; "Suplement

Literari de lo Teatro Regional", en 1897; y "El Suplemento", conocida revista mundana argentina. Son diversidades propias del complejo mundo periodístico.

Retornando a los suplementos periódicos y por citar algunos títulos para dar idea de su difusión en toda época y clase de publicación: "Nouvelles Scientifiques", adjunto a "La Nature" (Revue des Sciences et de leurs applications aux arts et a l'industrie) que dirigió el sabio divulgador Gastón Tissandier, daba noticia de pequeñas invenciones, correspondencia, recensión bibliográfica e información general, material un tanto más suelto al incorporado en el grueso de la edición. También de Francia "La Petite Illustration", dedicada a teatro, acompañando los gruesos números de "L'Illustration". En ella encontramos los libretos de sucesos teatrales de la época.

En el Río de la Plata se destacan desde sus comienzos los suplementos de "La Nación" (1), "La Prensa" y "Clarín" de Buenos Aires y EL DIA de Montevideo. Sin embargo seríamos desleales a nuestros colegas uruguayos si no recordásemos algunos de sus suplementos, pecando eso sí, en olvidos imperdonables.

Los de "ACCION": "Acción Hogar", "Panorama Rural", "Acción Revista"; "EL BIEN PUBLICO": "Magazine de los domingos", "Para la Mujer", "Letras y Artes", "El Hogar"; "EL DIARIO": "Las Mejores Historietas del Mundo", "Suplemento Hípico Deportivo"; "IMPARCIAL", su suplemento de los sá-

Suplemento Dominicai: carátula del N° 1; de entonces a ahora ha sido testigo fiel del acontecer nacional, y un vehículo de cultura popular.

ados publicado desde el 18 de abril de 1923 al 6 de junio de 1931, en cuatro páginas formato diario, conteniendo excelente material literario, histórico y científico, lo orientó don Eduardo Ferreira; "LA MANANA": "Síntesis", "Actualidad Rural", "Edición del Interior" y especialmente el "Suplemento Femenino" de los domingos cuyo primer número corresponde al 31 de mayo de 1936; "EL PAÍS": "El Escolar", "Foto Visión", "El País Agropecuario" y la sección "El País de los Domingos".

EL DIA en el correr de los años dio a prensas un gran número de suplementos. Sin tener en cuenta los especiales, dedicados a don José Batlle y Ordoñez, aniversarios de la Casa y otros temas fortuitos, que fueron muchos y señalando los semanales recordamos, separando para el final éste en que hoy escribimos, el antiguo "Suplemento de los Jueves", en huecograbado formato tabloide, aparecido el 11 de enero de 1935, con nada más que siete números hasta el 22 de febrero del mismo año. Sustituido el 21 de febrero de 1935 por un "Suplemento Infantil" en colores, tipográfico, de corta vida también, pues desapareció el 30 de mayo de 1935. El 14 de octubre de 1937 y hasta setiembre 7 de 1939 se publica como tercera sección de los jueves, en formato diario y en huecograbado, otro suplemento. El 14 de setiembre se transforma en tabloide para desaparecer definitivamente el 26 de marzo de 1942.

Además registramos: "Suplemento Deportivo" (1954); "Suplemento Familiar" (1956 a la fecha); "Vivienda" (1963); "T.V." (1963); "El Día de los Niños" (1966 a la fecha); "La Nueva Gente" (1970 a la fecha), etcétera.

Esta publicación que hoy llega al número 2000 apareció por primera vez el 2 de octubre de 1932, en huecograbado, bajo la dirección de don Eugenio Alsina el que insertó algunas notas suyas bajo los seudónimos de "Amarux" y "E.A.". En enero de 1969 asume la dirección la conocida escritora uruguaya Dora Isella Russell, cuyas numerosas notas y artículos venían desde hace años insertándose en el suplemento. La señorita Russell con el seudónimo "Wriothesley" en la sección "El Mundo en el Libro" ofrece una visión bibliográfica nacional y extranjera de valor para los bibliotecarios y gentes de letras (2).

Aparte de su amenidad ¿cuál es el sedimento cultural de estos afanes semanales cuyas hojas guardan celosos los bibliófilos? En la actualidad se considera la prensa como instrumento de primer grado para el estudio de la Historia, tanto es así, en las Segundas Jornadas de Archiveros de Argentina realizadas en la ciudad de Córdoba en el año 1969, se aprobó una moción relativa a ceder para el Archivo General de la Nación Argentina, los duplicados de las colecciones de periódicos y revistas existentes en las bibliotecas oficiales.

Cuando una publicación como la presente, de larga vida, en la que sus páginas dieron entrada a firmas de prestigio, estudios históricos anexados con documentos inéditos, literatura, dibujo y notas gráficas de autores nacionales, se conforma una unidad de información invaluable. ¿Quién puede en sus respectivas materias pasar por alto los trabajos de José María Fernández Saldaña, Eduardo Vernazza, García Esteban, José Monegal o las ilustraciones de Sifreñi y Fossey?

Siempre ocurrió así, por ello son tan valiosas casi todas las colecciones de revistas y diarios. Cuando se realizó, en Madrid por 1956 la Exposición de Prensa se comprobó la historia gráfica de medio siglo de la vida española en los dibujos de unos ciento noventa artistas de "Blanco y Negro" y "A.B.C."

Estas páginas llanamente ofrecidas a escritores de cualquier país, tendencia política o religiosa, establecen la oportunidad de llegar al lector respaldados con el sólido ascendiente de su seriedad selectiva.

Así, mediante el artículo breve (3), facilitado su conocimiento por el público, se revelaron plumas inmortales como Larra, Sarmiento, Azorín y casi todos nuestros escritores y artistas nacionales.

Luis Alberto MUSSO

(Especial para EL DIA)

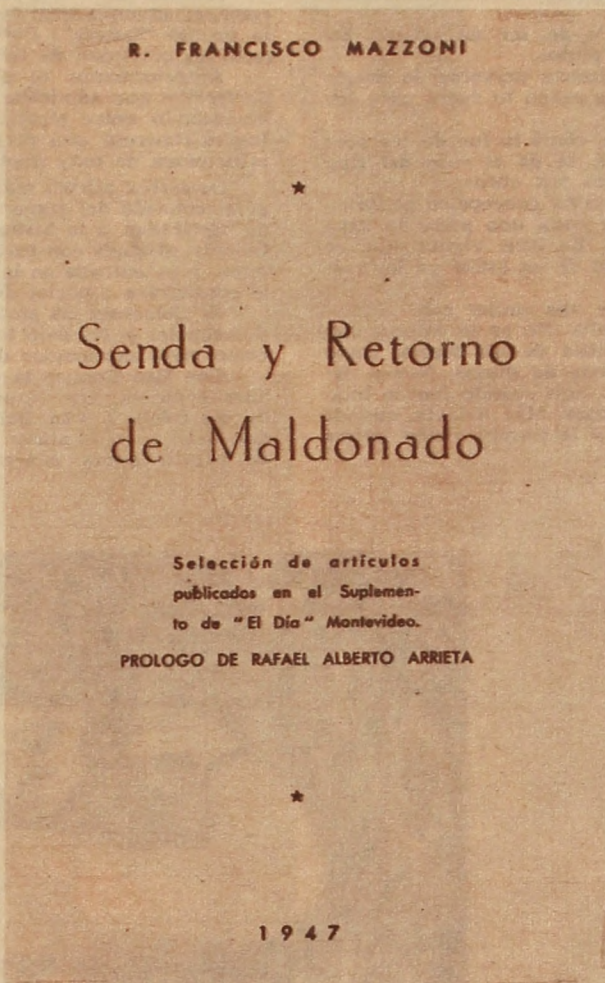
(1) De la importancia concedida a los materiales insertos en los suplementos y páginas afines, nos da idea la obra editada por el Fondo Nacional de las Artes de la República Argentina, titulada "Artes y Letras en La Nación" de Buenos Aires, 1970-1989, como compilación especial N° 32/35 de su "Bibliografía Argentina de Artes y Letras", valioso tomo de referencia impreso en 1968 con más de quinientas páginas y un total de 8.796 citas.

(2) Para la historia del "Suplemento Dominical de EL DIA", pueden consultarse: "Entrevistas sin palabras. Los mil de Eugenio Alsina", por F. Ferrandiz Alborz (Sup. 1000 del 16 de marzo de 1952) y "Treinta años", por Dora Isella Russell (Sup. 1550 del 30 de setiembre de 1962).

(3) Muchos de los artículos aparecidos en este suplemento se recopilaron en forma de libro, por ejemplo: "Recuerdos de Treinta y Tres" de Julio C. da Rosa (Montevideo, Asir, 1961); "Historias del viejo Montevideo" de José María Fernández Saldaña (Montevideo, Arca, 1967, 2 vols.); "Senda y retorno de Maldonado" de R. Francisco Mazzoni (Montevideo, Lena, 1947); "Crónicas andariegas" de Dora Isella Russell (Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1966) y de la misma autora, "Había una vez una isla" (Puerto Rico, Universidad, 1968).

Los suplementos

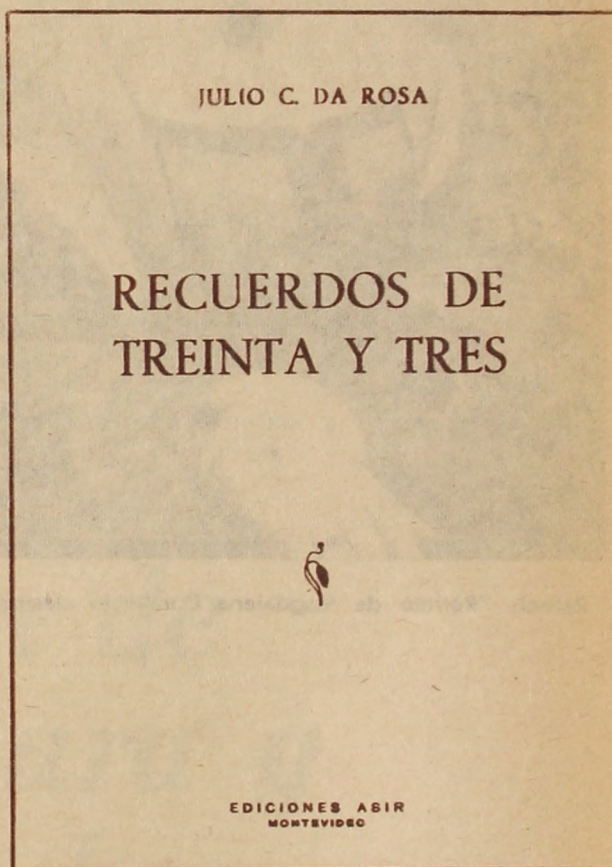
Portada de la obra de Mazzoni en su selección de artículos aparecidos en este Suplemento



Carátula de "Había una vez una isla...", que recoge artículos de Dora Isella Russell sobre Puerto Rico.



Carátula de "Crónicas Andariegas", que recogen artículos de Dora Isella Russell sobre América.



Portada de la obra de Da Rosa correspondiente a su antología de artículos del Suplemento.

UN secreto inconsciente existe en el estilo. Una condición innata que se refleja con características muy especiales.

Más todavía, suele ser ese duende casi impalpable, el cual sugiere una imagen tan personal como suele ser la misma creación.

Puede producirse por infinidad de cualidades en el artista. En unos la fina atención del color y del dibujo. En otros, la misma condición en la amplitud de las formas, y los hay en el mismo mundo del grotesco.

Sólo es una condición: la de ser un artista. En este caso que nos ocupa, un pintor.

Si decimos que en la pintura universal la mujer fue poco menos que la musa como lo fuera para los poetas, no exageraríamos.

No ya en su vida íntima, como lo fue de los poetas, sino que en los pintores, se da el caso del tipo de mujer con que se definen sus obras.

No es precisamente la misma concepción pictórica en ninguno de ellos. Porque cada uno posee la suya propia. Además, el talento. Es otra virtud que se humaniza y crea la propiedad de un estilo en los rasgos de la mujer.

En Rembrandt se ofrece una mujer con el misterio que supone el claroscuro. No es lo mismo que en Rubens, que vio la amplitud de las formas como expresión sensual y atributaria de diosas. Nunca dejaron de ser mujeres rollizas, aun cuando fueran imágenes de mitologías y religiones. Más todavía, cuando incubaron en ellas el amor y la propia visión íntima del artista.

El Renacimiento atiende a la forma y al espíritu religioso que se idealiza en Rafael y especialmente en Leonardo.

En la época moderna, si acaso se puede comparar ese concepto de la mujer de formas ampulosas y de colorido fresco y rojo, en las que pintara Renoir. Especialmente en su última época, cuando ya dejó de ser el modelo para formar parte de un ritmo curvo y dinámico de sus cuadros.

Además se avizoraba en estas composiciones de color, el advenimiento del expresionismo, y más cerca, la de los "fauves". Puede decirse que fue sin quererlo un precursor de tales manifestaciones modernas.

Anteriormente, el dibujo de Ingres buscaba la perfección que admiraba en los Griegos. David se había metido entre aquéllos y la decadencia Romana. Ingres concretó una perfección suya. Una mujer casi principesca de muy depurado dibujo y fino color.

Delacroix afirmó más el acento del trazo. Y agregó el colorido del romanticismo a la mujer heroica y de barricadas, a la historia de reyes y a la mujer de Oriente, atildada con turbantes y cascabeles, como más tarde, y ya entrada en la más moderna visión, Matisse le consagrara especial dedicación a sus odaliscas.

Si Delacroix las pintó en acción, Matisse las llenó de oropeles y las dejó tendidas en el "chaise-longue" como vivas marionetas de su contemplación.

Con Van Dongen la mujer tomó aspectos de dinámica colorista. Los "fauves" rompieron con la medida del color. Y Van Dongen, uno de los más exaltados, llegó a ser el pintor de moda en la vida mundana de aquella época. Alargó su estatura, estilizó cuanto

"Busto de mujer en rojo", de F. Simultaneidad



Rafael: "Retrato de Magdalena Doni": lo clásico



"Bañista" de Renoir: la forma envuelta en el color



La Grecia expirante. La mujer como símbolo caracterizó en parte a la musa elegida por Delacroix

adornó de color

Desdoblamiento y



8-1-42

quiso sus figuras. Exaltó su colorido y transformó todo el caudal moderativo hacia un cúmulo de imprevistos que debían ceñirse sólo a la nueva visión del color y al extremo expresionista. Toulouse-Lautrec fue un agudo de la expresión y Picasso terminó con toda forma, con toda concepción tradicional.

Despegó la línea y trazó el simultaneísmo. La caricaturizó, la hizo pasar por el tamiz de su momento rosa y azul, y la desintegró con los colores más violentos y los conceptos más contradictorios.

Más cercano a nosotros, Carlos María Herrera pinta la mujer del 800 y principios del 900 entre gasas y tules. Era la mujer romántica, casi enfermiza, de ojeras violetas y de flores en el sombrero, de múltiples coloridos. La retrató tendida en el sofá de la sala o en la hamaca del jardín. Entre el misterio de un fondo oscuro, o en la luminosa y vivida sensación del color reflejo. Tuvo un estilo especial. Una mujer de

(Continúa en pág. siguiente)



Velázquez: una de las Infantas (María Teresa) en las que desplegó una lección eterna de pintura



Toulouse-Lautrec: "Busto de mujer": agudeza y verdad

La transformación de la mujer en la pintura y el expresionismo de hoy

La transformación de la mujer en la pintura y el expresionismo de hoy

(Conclusión)

"Helena Fourment", pintada por Rubens. La ampulosa de la forma constituyó su tipo de mujer



(Viene de pág. anterior)

belleza fina, delicada como la blanca superficie de un camafeo.

Fue de los pintores uruguayos, quizás, quien más determinó un tipo de mujer de la época.

No están lejos aquellos famosos cuadros de artistas teatrales como la Borelli, una estatuaría belleza, representante fidelísima de la mujer diosa.

Sin entrar a una cronología ni orden, podemos regresar a las épocas en que Velázquez tratara, dentro de los aposentos del reinado de Felipe IV, aquellas familiares figuras de las princesas de palacio.

Es un pintor realista, pero que deja sentada una lección universal de pintura. Sus mujeres las pinta con una naturalidad sorprendente. Buscando sólo la verdad, que después Goya hincará con más agudeza en el carácter, y definirá con toda la mordaz profundidad de su genio.

Grandes diferencias entre el estilo de Velázquez y el de Goya. Dos grandes pintores que buscaron, antes que el propio retrato, la pintura en sí. Notemos la estilización de las figuras de Goya. Su dibujo de líneas sencillas, pero impregnadas de ese estilite que hurgaba en lo más profundo del alma. Y en Velázquez al señor de la pintura. Al artista que desplegaba con sorprendente trazo toda la gama de grises aéreos con una paleta de cinco colores. Al señorío que impregnaba a sus modelos, y a la sobria, intensa y severa disciplina de su figuración. No necesitó rodear a sus modelos del hábito irreal para interpretar una princesa. Lo hizo en su mismo medio y rodeados de los lugares comunes a su vida. Sólo el aliento inspirador, la fuerza de su penetrante visión, y el dominio total de sus virtudes técnicas, dejaron impreso el estilo de la mujer que le tocara pintar.

En la actualidad el expresionismo moderno, aquél que busca el regreso de la figuración, nos la devuelve envuelta en un sinnúmero de apariencias reales, surrealistas, grotescas, o dentro de la más cambiante y caprichosa imagen. Los pintores de hoy, ya saturados del abstractismo, encuentran el camino de la reacción contra esta teoría, en el ensayo de nuevas búsquedas, afanosas por salir con versiones menos naturalistas, pero más sugestivas.

El camino es indudablemente difícil. Ya no se busca de ninguna manera, como antaño, la belleza de la mujer, su envoltura en la vestimenta de moda y de época. El pintor busca otra definición, puramente suya en el desborde expresionista, que vuelve no como antaño lo fue de los Van Dongen en su faceta "fauve", sino con otras relaciones de íntima realidad, que desentraña profundamente atributos por los cuales el artista siente como humana y profunda sensación.

Se le sitúa junto a otras definiciones técnicas con distintos materiales. A veces aparentemente contraproducentes. Otras, con un vigor que va hasta la entrafía misma de la humana trascendencia visual. No cabría en una nota de este carácter, cubrir la zanja que queda entre los artistas que citamos, y más aún

las épocas sin determinar. Solo deseamos en pocos aspectos, poner de manifiesto algunas de las transformaciones que ha sufrido el concepto del artista hacia la mujer en la pintura.

No quiere decir ello que aún hoy no se realicen más retratos naturalistas, ni figuraciones dentro de una realidad expresionista muy moderada y a comprensión fácil, sino que queremos fundamentar en parte, el fenómeno que se advierte en la generalidad de los que llevan tales movimientos, que se producen simultáneamente en todas partes del mundo con rara coincidencia.

No se escapa tampoco que el pintor hoy interpreta o expresa su tema, apoyándose en múltiples formas y materiales. Que la libertad que éstos han traído al artista son tan múltiples y distintos, que su complementación y su uso constituyen la más importante revelación técnica del momento.

El Pop-Art y otras definiciones que trataron, junto a la pintura con otros elementos y materiales diversos, han dado paso a una revisión. Esta trajo como consecuencia un más selecto encuentro de los materiales a "collage". De tal manera que la depuración tiene otro sentido más definido de la belleza. Se han llegado a plasmar figuras de mujer en este caso que nos ocupa, relacionadas con otros motivos y con materiales opuestos que han mantenido un nivel fino y de verdadera belleza visual. Sin remontarnos a mucho, y sin cruzar mares, tenemos los "collages" de Damiani y Solari, como ejemplos.

Uno, con la inspirada composición surrealista adosada a una sensación casi metafísica; el otro, con un margen de máscaras, sustentadas con el misterio. Las dos viven poemas diversos y mantienen la incógnita de los caminos por los cuales transitan los pintores de hoy en su transformación de la Musa moderna. Que en todos los tiempos fue modelo, o como ahora, motivo para desarrollar la tesis que cada artista tiene que resolver en el mundo complicado de hoy.

El expresionismo, esa búsqueda casi dramática de expresarse por el color mismo, aparte de su fundamento de desentrañar la humanidad en su más oscura y abismal disgregación, va tomando sectores que se alían para su completa ejecución, según lo sienta el artista. Existe simbolismo, abstracción, realismo, confusión de teorías y técnicas. Ya no es el expresionismo que buscaba sólo sobre la propia realidad la expresión del color. Se continúa más en el aspecto trágico o en el simbolismo y surrealismo combinados.

Violentos colores escuchan el llamado, otros líricos, pero todos fuera de los límites de la figuración naturalista. La figura de la mujer de hoy no está entroncada todavía en su faceta separatista como único sostén de un cuadro. Como lo estaba ayer. No es tal vez el ídolo que el pintor manejaba como en un sueño y volaba sus vestidos como alas al viento (Boldini)...

El expresionismo la ha integrado como humanidad junto a todo ser y a todo motivo, del cual es un elemento contribuyente.

EDUARDO VERNAZZA.



Una de las Vírgenes de Leonardo. Su expresión es sublimizada por un halo irreal



Rembrandt no buscó la belleza precisamente, sino el carácter y el problema que le presentaba la luz

Don Francisco Mazzoni en el jardín de su casa-museo de Maldonado. En las manos, el catalejo que perteneció a Olivera. (Foto Dora Isella Russell, Set. 1958).



El Dr. Luis Bonavita, fallecido recientemente, el 8 de octubre pasado, honró con sus páginas a esta publicación.



39 años de crónicas históricas en el Suplemento Dominical

EL común de las gentes que guste de la historia rehúye naturalmente la lectura de gruesos volúmenes y de colecciones de revistas, no sólo porque le son poco asequibles por su limitado tiraje, sino, y sobre todo, porque el aficionado a esta suerte de distracción intelectual difícilmente busca una erudita controversia o una transcripción comentada de añosos documentos, material destinado a especialistas e investigadores. Quien encuentra solaz en conocer el pasado es generalmente atraído por la crónica breve, la descripción amena, el detalle pintoresco, el rasgo biográfico poco conocido, el hecho curioso; es decir: por muchos de aquellos elementos que concurren para formar la "pequeña historia".

Pero, a más de esto, no todo trabajo de tema histórico puede tener cabida en las revistas especializadas, en los anales de sociedades académicas, en libros mismo, sobre todo en nuestro ambiente en el cual la penuria de medios y la restringida circulación limitan forzosamente las publicaciones de esta índole. De ahí que la prensa periódica aporte una valiosa contribución a la difusión de estos estudios; muchos de estos suplementos literarios —como comúnmente se les llama— han constituido y constituyen en todo el mundo prestigiosas publicaciones, fácilmente accesibles, donde el trabajo original, despojado de toda sobrecarga enciclopédica, se torna de amena lectura, aun para el más exigente.

Hoy precisamente, en este mes de noviembre de 1971, se publica el N° 2000 de este Suplemento dominical en que escribimos y —aunque nos comprendan las generales de la ley— nos complacemos en felicitar a través de él a su directora, nuestra distinguida amiga Dora Isella Russell, cuyo perfil intelectual nuestros lectores bien conocen.

Nacido el 2 de octubre de 1932, este Suplemento incorporó a sus páginas, desde su primer número, la crónica histórica; que fue en aquella oportunidad una nota sobre el autor de la letra del himno nacional paraguayo. Lo que comenzó en aquella ya lejana época, con sus altos y bajos, a través de una composición que buscaba con la experiencia su forma y su equilibrio, se tornó con los años una tradición.

Recorriendo las páginas de la colección del Suplemento, queremos mencionar hoy —entre otros historiadores y publicistas— los nombres de José María Fernández Saldaña, Luis Bonavita y R. Francisco Mazzoni.

Fernández Saldaña, que ocupara la subdirección del Archivo y Museo Histórico Nacional, fue en el tema mencionado, uno de los primeros y más asiduos colaboradores de esta publicación. Volcó su afán de investigador preferentemente hacia la biografía y la pintura de ambiente del antiguo Montevideo; y a centenares asciende el número de sus artículos, ilustrados con una rica iconografía que exhumó de archivos públicos y privados. Sin solidarizarse necesariamente con los juicios vertidos sobre personas y hechos, esta copiosa labor representa una buena fuente de información y sobre todo una útil guía para orientar al novel investigador.

Bajo el seudónimo de Ferdinand Pontac, el doctor Luis Bonavita honró con su pluma a numerosas ediciones de este Suplemento. Cuando lo visitamos, no hace muchos años, ya retirado de toda actividad, en su querida Villa de la Unión, apreciamos a través de su pausado hablar, toda la pasión que volcó en sus tan documentadas notas de evocación histórica del antiguo pueblo de la Restauración; obra de historiador en la que vibra un alma de poeta; obra de un hom-

bre no indiferente a la militancia política, la que, sin embargo, no ha influido en sus apreciaciones de figuras y hechos vinculados a la lucha fratricida que dividió a los orientales durante la Guerra Grande. Verdad y emoción que encontramos en sus obras *Agua-fuertes de la Restauración y Sombras heroicas*.

Lo que, en este semanario, Fernández Saldaña significó para la evocación del Montevideo de antaño y Bonavita para la Villa de la Unión, R. Francisco Mazzoni lo fue para Maldonado. Quien haya leído desde tiempo atrás los números de esta publicación, recordará sin duda el valioso aporte documental que brindó Mazzoni a la historia social de Maldonado. La antigua casona que fue su residencia —transformada ahora en museo— habla por sí sola de quien ha profesado un entrañable amor al solar fernandino, ha rescatado del olvido y del abandono a tantos testimonios materiales y ha reivindicado a tantas figuras del pasado.

En estos últimos años, se ha despertado nuevamente, en nuestro medio, el interés por conocer la fisonomía y las costumbres del pasado nacional; muchas obras, reeditadas algunas, nuevas en su mayoría, han visto la luz, siguiendo la senda de aquellos cronistas, sin olvidar al tan famoso Isidoro De María. Cuando algún día —esperemos que llegue— se publique un nuevo tratado de historia nacional, una obra monumental que aún está por escribirse, habrá que incorporarle más de un capítulo sobre la vida social, cultural y económica; muchos de cuyos aspectos, ignorados o poco conocidos ha revelado la tesonera labor de estos y de aquellos estudiosos de nuestro pasado.

Ing. O. Jorge GRUNWALDT RAMASSO



Arte aqueménida: Ritón con forma de león alado. Museo de Teherán. (S. V a. de J. C.).



MAJESTUOSO y dominante, dueño de la soledad, el cóndor desplegaba su vuelo. Era suyo el silencio. Desde su altura oteaba la presa o despreciaba las alas mecánicas que nos cobijaban. Veía la cordillera esclavizada en parduzcas tonalidades y las nubes refrescaban sus remos. Era el ave. Era el ala. Era la libertad la que

desplazándonos dentro del vientre que nos encerraba, no nos golpeaban las neblinas y limitaban nuestra personalidad los barrotes de la ventanilla.

Oribe nos habla en versos lacerantes de quienes humillan al cóndor, ennegueciéndolo. Dolor, Dolor del poeta y dolor del lector por el castigo impío. Pero libre, el ciego puede volar y su libertad quizás valga más que su pupila. Podrá el torturado seguir enloquecido, bravío y sufriente, hendiendo los espacios y hundiéndose en la muerte de la huida. ¿Hay simbolismo que se extrae de tanta crueldad? Dígalo el hombre. Las

alas tienen la potencia de la mecánica astral. Colibrí o águila, paloma o albatros, surcan, dominan y ven por el prisma de la altura, nuestra condición de imantados a la tierra. Quizás por eso el ser humano tiende a refugiarse en el ave para dar permanencia a sus vuelos quebrados. Fuente de equilibrio que mana desde la recóndita célula. Hambre de luz, hambre de morder la barrera de la impotencia que lo anula para ser de la nube. Sed de lloviznas cósmicas que necesitamos apaciguar.

Lápiz en mano el niño recurre al graficismo de un ángulo para dar la impresión de un pájaro en vuelo. Las bandadas atrapadas con tanta simpleza invaden las páginas vírgenes. La semilla humana suple la carencia de vuelos con el poderío imaginativo. Tal vez la dualidad curiosa de ansia por la conquista del espacio e imposibilidad física, llevó al hombre a recurrir a las alas que dio desde los orígenes de la cultura a sus ídolos y monstruos sagrados. Hoy, aún hoy, gustamos a los querubines y a los ángeles, divinos monstruos adorables con alas que nacen en muñones de plumas de redondeaditos cuellos, o grandes y desplegadas alas espigadas que circundan la candidez de óvalos eternamente vírginales.

¿No dulchicó la mítica antigua al horripilante Grifo por la presencia de sus alas? El hombre le había otorgado el emblema de la luz dándole remos aéreos que podían elevarlo hasta los ritos ardientes del Sol. Pero nunca se le vio desplegar el vuelo. Símil actitud adoptó la pasiva serenidad de la esfinge que no condijo con la multiplicidad absurda de su cuerpo. Rostro de mujer, cuerpo leonino con alas de pájaro, la fabulosa criatura, hija de Quimera y de Ortro estaba sí, dotada para el vuelo que la liberara de su origen crepuscular. ¿Pero no hubiese sido grotesco su elevarse? En cambio Ícaro o Pegaso dieron la gracia a sus siluetas, desplegadas las alas en vuelo. Dueño el primero de alas liberadoras salvó a su padre Dédalo del laberíntico recinto merced a la potencia de sus caudas, pero olvidó que sus batientes eran de cera y en la conquista de alturas los rayos solares tracionaron el vuelo celeste y rodó vencido a las aguas marinas. Más auténtico, Pegaso remontó hacia el cielo a los inmortales y arrastró a Júpiter en su carro trepidante. Dueño del trueno, señor de las tempestades, hería con sus cascos las nubes que generaban las lluvias beneficiosas. ¿Cuál dueño del sueño no lo poseyó transportándolo al país de lo desconocido? ¿Quién no se ha sentido fascinado por el mundo funambulesco de la mitología? ¿Quién no se constanció con esa otra alada que fuera mármol en la Victoria de Samotracia? En el artista estaba el germen del vuelo, urgía la leyenda en la casi deificación de la obra. Corta el aire el torso fuerte y al mismo tiempo dotado de la liviandad que le da el impulso de las alas. Es, el triunfo. Es el canto esculpido, la victoria que cubrirá el campo del martirologio con la tibieza de su plumaje y las gasas flotantes de su vestidura.

"Ansia de movimiento. Anheló de elevarse, de correr, de subir en vuelo magistral, deseo doloroso a fuerza de imposible de anclar... de andar... de andar...".

gimió por la piedra, la inmovilidad de Luisa Luisi.

Cauto, ágil, vigilante, grácil y práctico se eleva el cuerpo de Mercurio.

"volaba el Mercurio de Juan de Bolonia...", habla Rubén. El dios concentra la fuerza en sus tálares, esas minúsculas alitas que equilibran el transporte del vuelo al pesado caduceo, el temible caduceo anudado con dos serpientes aligeradas por el remate de dos alas.

Los pueblos paganos vieron en los seres alados la liberación, el triunfo o el oficio de la comunicación. El cisne los deslumbró. Apolo corre en un carro tirado por cisnes incansables o Leda se une a Júpiter que adopta la veste del cisne luminoso de blancura meridiana y le da a la divinidad nocturna de la diosa, la claridad del alba.

"Es el cisne de estirpe sagrada cuyo beso, por campos de seda ascendió hasta la cima rosada de las dulces colinas de Leda...".

dice Rubén, para la Condesa de Peralta en "Blasón". Ave señorial, ave fascinante y orgullosa, "flor del aire, flor del agua", "alas lirio, remos rosa, pico en fuego, cuello triste", describe Delmira. Bien hizo gemir a la divina una inspiración diez veces magistral en la que se paralelan la sensauidad a la fantasía.

Miles de sugerencias se agolpan en el placer de las alas. Revistemos las últimas. Esta que desde las brumas llega con su carga rosada: es una cigüeña. Viene cortando amaneceres porque huye de las sombras. Su carga es de luz y la trae dentro de lienzo pulcro para depositarla en la chimenea de los zapatos de oro. Oficiará de ascensor un gnomo tiznado que se cubrirá



Hambre de luz.

Las alas



Persépolis: Propileos de Jerjes.



Una de las asas del ritón estriado. Irán - finales del siglo VI - IV a. de J. C.).

con ropaje de soles y llevará el palpitar presente hasta la cuna vacía.

O estas otras que registran hechos verídicos. Gaviotas, gansos y palomas. Domésticas o casi domésticas. Las primeras salvaron del hambre a los pobladores de los campos de Utah en tierras nortenas al enfrentarse a la invasora langosta, plaga barrida por las alas benefactoras que en vuelo pétreo, coronando alta columnata, domina el centro de Salt Lake City rememorando el hecho.

¿Y los gansos del Capitolio? Un ganso de plata, en el templo dedicado a Juno recordaba la interferencia del ave en la invasión gala a Roma. Las níveas alas se habían extendido en nube. Los cloqueos alertaron a los defensores y los vigías alados fueron trompetas picudas en un momento histórico.

En un museo que reúne el acontecer de un hombre, me refiero a la residencia de George Washington en Mount Vernon de Virginia donde nació y murió, se conserva la paloma que remata la cúpula del mirador. A pedido del tribuno persiste en el tiempo. Es indudable que se le había asignado un simbolismo. La remodelación se hizo en base a la sugerencia de Washington. La paloma está en vuelo y corona la rosa de los vientos. Sostiene en su pico rama que transporta a través de los aires. Es un mensaje de paz que trae y lleva. Presencia campesina jugosa de vida laboriosa, resultante de la paz y el trabajo sano. No pudo elegirse como símbolo pacificador, aliado más representativo que el de la paloma.

Triste condición la de los reptiles, de los feos batracios, de los mamíferos salvajes, bellos en su presencia como creación, pero carentes del vuelo. Con garras, con colmillos carnívoros y ojos lanza llamas, pero sin alas. Una infinita piedad me invade. ¿Por qué en la distribución de las bondades las alas tuvieron privilegio y seguirán dando a los aires su abanicar a las neblinas y su huir a las tormentas?

Un arco iris redondea la pupila del ave.

Matilde G. de Sabat Pebet

Montevideo, agosto de 1971.

Viñeta de la autora

NACIO Esteban Echeverría el 2 de setiembre de 1805. Su primera juventud fue desperdigada en "sensaciones, amorfos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión". De los 18 a los 26 años estas pasiones "hiciéronse gigantes", y "su impetuosidad, salvando límites se estrelló y pulverizó contra lo imposible". Pero su orgullo, que había "roto y hollado todos los ídolos que se gozó en fabricar su vanidad" le hizo bastarse, o mejor dicho, creer que podría bastarse a sí mismo.

Sonaba con la gloria —era esa "la inefable visión de su fantasía"— y si ella le pertenecería mañana, sólo encontró, fuera de alguno que otro goce o brillo prometedor, un dolor intenso y prolongado: "dolor y noche".

Diría que el universo y él y las criaturas eran para su espíritu "un abismo de noche y de dolor". En verdad fue algo jeremiaco su desahogo. No era aún la hora de su canto aunque lo era la de su momento físico-primaveral, pero ya iba desparezándose en él, sin él saberlo, íntimamente, muy íntimamente, la vibración congénita.

El amor continuaba aguijoneándolo. Fue Echeverría un gran amoroso. Su corazón lo dominaba, sin embargo. Fue un gran amoroso, quizá, por eso mismo. La capacidad de amar es una debilidad aun en su ímpetu; una entrega que, si embellece, a veces compromete y confunde y mortifica. Por allí, por vericuetos de esa capacidad, de ese "foco de todos sus padecimientos" físicos que lo irían dejando "flaco como un esqueleto, o más bien, espiñado", este pino de olor iría saliendo de su maderaje mercantil para ir arrojando, en vuelo de sus pájaros, a la canción.

Creía en la inteligencia humana, y en su esfera sentaba, como en un trono, a la poesía; lo más sublime, según él. "El universo entero es su dominio", escribió. "Ella realza el nombre de los pueblos". Era un optimista quien hablaba así, no obstante sus escépticos vaticinios personales. Su corazón, que moralmente fue grande porque fue generoso, resultó un fracaso físico. No su latido, entendiéndose.

Carpintero, jugador de billar y libertino conociósele y él lo sabía y no intentó nunca borrarlo de entre sus deudas. Pero lo fue en la edad de los "amorfos de la sangre", que superaría felizmente poco después. Quería patria y libertad. Esperaba de los dos paladines: Urquiza y Madariaga, de activa participación en las contiendas políticas y militares contra la tiranía rosista. Esperaba de la juventud. Esperaba de todos. Pero no esperaba ociosamente. Cantaba. Y examinaba entre tanto las instituciones desde el punto de vista democrático. Porque soñaba organizar el poder social (cartas a sus amigos Alberdi y Gutiérrez, en Chile, escritas en Montevideo el 1º de octubre de 1846). "Años hace que la República Argentina se esfuerza por engendrar y constituir una sociabilidad. Puede decirse que en el año 29 comenzó la guerra social, es decir, la guerra entre

dos principios opuestos, entre el principio de progreso, asociación y libertad, y el principio antisocial y anárquico de *statu quo*, ignorancia y tiranía. Ambos aspiraban al poder y a la iniciativa social, y de ahí nació la lucha que aún hoy nos despedaza".

Era sincero. No creía en los arrebaos frenéticos, en los entusiasmos ficticios de la poesía, ni de nada. La falta de fuego en sus versos heroicos, que se le señalaba, era para él "un elogio". De ahí que cuando reside en París (llegó a ésta el 6 de marzo de 1826 y regresó a Buenos Aires a comienzos de julio de 1830), y como "desahogo a estudios más serios" —Economía Política y Derecho— se hunde en el mundo de la poesía.

Pululaba en el aire de la capital la fragancia del canto galo. Al verso "discreto y penetrante, como los perfumes de la tierra bretona", de Brizeux, se unía al suavidad y la melancolía de Lamartine, o el romanticismo mesurado y melancólico de Chateaubriand. Víctor Hugo trascendía a la cabeza de los poetas románticos, cuyo movimiento desplazaba y eclipsaba las canciones de Delavigne. Los cantores franceses, observaría Goethe, presentían que lo suyo ejercería en Europa su influencia, conquistada en la cintura del siglo 18. No podía escapar Echeverría, por consiguiente, a ese aire que respiraba aun sin quererlo, en caso de que no lo hubiera querido. Juan María Gutiérrez recuerda que las cuestiones suscitadas por el romanticismo, eran entonces apasionadas y ruidosas al extremo de resultar difícil escaparle. Pero con aquéllos entonaba el crudo Barbeir de los cantos civiles; María José Chénier, corajudo de libertad, revolucionario de acento amplio; y aunque echaba al vuelo elegías "passables", los poemas heroicos y algo pobres de Millevoye, asimismo fluctuaban en punta cortante contra el cielo de París. Béranger exaltaba la gloria napoleónica "au profit du libéralisme", cancionista político frente a la Restauración; y otros, en fin, alzaban su voz para alentar lo netamente popular con propósitos sinceramente constructivos. Echeverría —"obrero de la mejora social"— miró hacia este lado, si bien no serían los poetas de Francia quienes le influirían particularmente. Porque fue un hombre, aunque blando en el amor, duro de resistencia a todo cuanto lastimara o distrajera algo de su propia personalidad. De ahí su insistente condenación al plagio o a la influencia comprometedora. De ahí, también, poco o mucho de lo revolucionario de su canto.

Sin embargo, se inoculaban en su espíritu, con más vigor los poemas de Shakespeare, de Goethe, de Schiller (acaso Schiller porque, como lo entendía Romain Rolland, no había temido en lanzarse a la pelea, proponiéndose como principal objetivo, golpear contra los vicios y vengarse de los enemigos de la moral y de las leyes sociales); de Schiller, pues, así como también de Byron, autores ambos que le "comovieron profundamente" y le "revelaron un mundo nuevo".

Aún no conocía la técnica ni la preceptiva literarias. Primero sería el mar, el espectáculo del mar, lo que le pondría "en la senda de la inspiración —ese mar que es, y está en el desierto de La Cautiva—; después "el retroceso degradante" en que encontraría a su país, y sus "esperanzas burladas", produjéronle una profunda tristeza que daría como fruto agri dulce el poemario *Consuelos*, publicado fragmentariamente en 1834 y completo en 1853, que fue "una verdadera revolución" en opinión de Juan María Gutiérrez.

"Sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la sustancia del cráneo", confesaría modestamente el 8 de abril de 1850, poco antes de morir. Al notable publicista argentino, autor de *El juicio de Rosas*, Félix Frías, le escribió ese mismo año aconsejándole trabajar y prepararse para el porvenir, porque tenía fe y entendía (¡qué optimismo varonil el suyo, no defraudado!) que "el reino del mal no puede ser eterno". A los temas favoritos del diplomático —la emigración y el cristianismo— debía agregarle otros: "escuelas primarias, educación popular". Un nuevo Sarmiento. Anotaba: "La razón triunfa: *mens agitat molem*".

Recalcaba ufano todavía, entre los soplos del corazón que le iban reduciendo: "Mi obra no es local sino americana; porque es uno el espíritu y la tendencia de la revolución de los pueblos sudamericanos". Otro San Martín. Quería más que una restauración, una regeneración, consecuencia de una doctrina que tenían los hombres de su causa: la de Mayo.

Escribe y publica en 1846 (él se costea, pobre, disminuido, casi borrado físicamente, la edición de 1.000 ejemplares en 200 patacones) dos obras "que se completan y forman, en cierto modo, un cuerpo de doctrina social fundado sobre el dogma de Mayo", y pide a sus amigos chilenos, a quienes les envía ejemplares, que escriban acerca del libro, que alisten gente —"el que no sirve con su cabeza sirve con su brazo"— para encontrar por el nuevo partido, único y nacional, el camino de la salvación.

Urquiza estaba por montar a caballo, decidido. Tomaba el último mate, con un pie en el estribo. Le daría el gusto. Echeverría lo esperaba. Pero el corazón lo postra y no le permite ver la luz de Caseros en 1852. "Ahora no es todo luz y alegría; pero las fuerzas morales contienen por fin el desborde asolador de la barbarie", escribió Pedro Goyena.

Muere en Montevideo —lo mismo que Indarte, lo mismo que Varela, que tantos proscritos— el 19 de enero de 1851, justo un año antes. No importaba. El conocía aquella luz, porque la había alimentado, y ahora otros la verían avivarse, desparramarse por él. Y esto era lo importante, sí.

Julio IMBERT

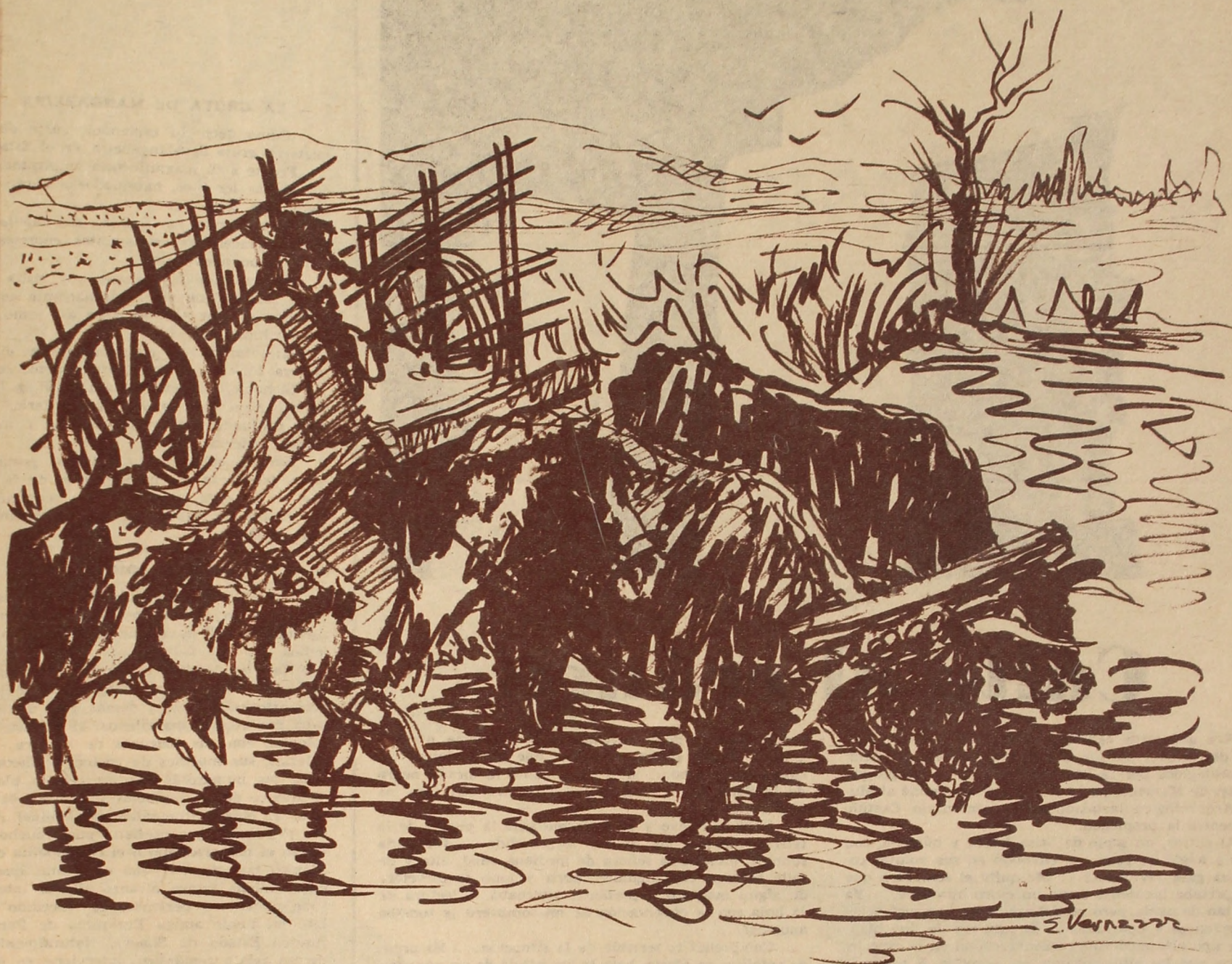
(Especial para EL DIA)

Contorno de Esteban Echeverría



Memorias

Ilustró:
E. Vernazza



YO. si no hubiera sido carrero, hubiera querido ser carrero; porque yo nací pa' esto: p'andar caminos. Me gusta verlos pasar por debajo de mi carreta; dispacio, sí es verdad, pero ellos van pasando. Total, no hay apuro; lo mismo se llega. La cosa es andar, seguir, marchar. Es una de las tantas cosas buenas que tiene el carrero. Desatar querencias y atar ausencias. Yo nací pa' eso; pa' ser del camino y saberse dir; no ser estanque; ser arroyo. El estanque, en ocasiones, se aburre, de quieto, se pone verde, se llena de sapos y ahí queda; tiene que llover pa' que se le mueva la indiferencia y le haga cambiar la cara. Pero el fondo queda igual. El hombre, a mi parecer, es lo mismo; si se queda quieto se hace estanque, lleno de sapos y todito verde de aburrido. ¿Al arroyo le pasa eso por más seca que haiga? No. ¿Y entonces? El arroyo es camino y es marcha. Es un caminante desde lejos hasta más lejos. Es un carrero que hasta pa'abrirse paso, canta. Yo, por esto mismo, si no hubiera sido carrero, hubiera querido ser carrero. Es de balde, uno en el camino, habla solo, naide lo siente; se consuela; echa por delante las memorias y las tropea de lo lindo; algunas se disparan campo ajuera, pero no paga la pena galopiar pa' alcanzarlas; son las más ruines. Y naide se entera; porque yo no le cuento esto mío ni a la muerte; naide sabrá por mi boca, mi pasao, ni por qué ando así; a naide le interesa o de otro y si finge que le interesa, es pa' repartir las noticias y pa' que se le eche encima de uno, la bandada de cuervos. Yo, por eso, no le cuento a ninguno, mi vida. Otros, les vaya mal o les vaya bien, relatan sus cosas, hasta en verso; ¡están locos! Lo que le pasa a uno, debe saberlo uno. ¡Mire que yo he pasao cosas y han pasao cosas por mí! Desde que fui milico, hasta que estuve preso por aquella bobada... Me recuerdo como que fuera hoy: andaba sin plata, galguiando, pero llenido de crédito y de buen nombre. No había podido cobrar una carga que llevé al

pueblo. Llegué a la fonda de siempre; don Brígido, el dueño, me parece que lo veo patente, rosao de cara, de copete alborotao. Nos conocíamos de siempre. Yo era cliente de a contado y jamás, lo digo en buena hora —en mi vida embrollé un vintén a naides; fui a la fonda y comí y tomé medio litro de vino como era el costumbre. Entonces, ya como pa' hacerle una chusquiada al patrón y valido de la confianza, le dije: bueno, don Brígido, apunte pal cielo, que algún de estos va a llover... El hombre se puso fulo y me comenzó a insultar; fue cuando me vi en 'a obligación de cruzarlo y lo crucé feo, porque supe después que le habían tenido que rellenar con pulpa de otro lao. Y, claro, estuve preso. Esta historia no la saben muchos y no se la cuento a naide. ¿Pa' qué?... ¿Y entonces?...

Después seguí caminos; de pago en pago, sin detenerme; dejaba palomas prendidas en los adioses y yo me perdía en las lejanías hasta que las despedidas eran casi ausencias. Seguí porque tenía miedo de ser estanque. Mi carreta, siempre la misma, prolija como un japse; bueyes sí, he tenido muchos y muy buenos los pobres, no despreciando.

Cuando salí de preso, tuve una yunta que los llamaba: "Melico" y "Corsario". Se me murió el Corsario y de rabia vendí el Melico... Después me enamoré. De bobeta, nomás. Y estuve contento, no lo voy a negar. Me animé. Amanecí en mí mismo; fui resplandor; se abrían rosas de luz en mis manos; las deshojaba y las tiraba al viento; ¿qué me importaba una rosa más o menos, si las flores crecían en mí? ¿Ve? Esto sí que no se le puede contar a naide. Ahí está la ventaja de ser carrero. Se lo digo al viento en este deshojar, no de rosas, sino de memorias de un andar... Me acuerdo clarito: yo andaba retozón, hecho un ternero; sin reparar en cantos ni chillidos; acollarado a un amor que no fue adiós, fue quedada. En ese entonces, mis bueyes — ¡pobres bichos! — me

parace que los veo — se llamaban "Percalcito" y "Zorzal". ¡Mire qué nombres de ponerle a bueyes!... ¡Si andaría abombao! Y la cosa fue formalizada. Los pagos se fueron achicando, y los caminos, como quien no quiere, se me acortaron. Y yo me hice estanque. Allí quedé, quieto, sin ida, pero todavía con alguna claridad de lluvia. Un día el asunto cambió... Bueno... esto sí lo hablo dispacito, pa' que el eco, que es muy chismoso y cúmplice del viento, no lo repita... Aquella paloma que era un arrullo y que después me tuvo deshojando flores de luz, ¿aquella?, de la noche a la mañana, como se va una sombra o un relámpago o una mirada, sin ruido, como tal cosa, se me marchó con otro. Es inútil. Yo me habla vuelto estanque, y me amolé. Quedé verde, lleno de sapos, mirando pa' arriba, como esperando lluvia, quedé quieto.

De vuelta emprendí la marcha. Y ahora soy feliz. Naide lo sabe y ninguno le interesa. Hoy tengo estos dos bueyes, gordazos, oscuros, que me acompañan; desde ese entonces los tengo y son bien míos. Y les grito porque me gustan los nombres. No los picaneo, pero les grito a todo lo que doy: "Merino"... "Consuelo"... Son dos palabras que se mentan siempre en el luto. Esto lo sé yo y el camino, que es mi amigo y en él me confío y le largo mis memorias. Por eso es lindo ser carrero de cualquier camino, de la esperanza, del ansia, de algo que haga llevar hacia donde quiera, pero andar, andar güeyas, sin reparar, sin detenerse, sin hacer nido de querencias; no vale quedarse en estanque pa' criar sapos y ser una cosa quieta en medio de todo lo que canta, se mueve y tiene vida. El camino empuja, ayuda, aleja, lo vuelve viejo a uno, de tanto mostrarle cosas nuevas... ¡Qué sé yo! Vamos... vamos... ¡Consuelo!... ¡Merino! ¡Consuee...lo!, ¡buey!...

Angel María LUNA

(Especial para EL DIA)



Culto al cráneo

Era una tarde calurosa del mes de julio... Después de recorrer por los ardorosos senderos —no siempre protegidos por la hermosa arboleda— del parque Borely, de Marsella, junto al mar, me encaminé al Museo Arqueológico instalado en el centenario Castillo que centra la propiedad.

Al entrar, un soplo de brisa fresca y húmeda, con gusto a fondo de pozo, me envolvió en sus volutas como una gasa vivificante... Me quité el sombrero que me apretaba las sienes como un casco hirviente... Ya no están de moda, pero en determinadas circunstancias son prácticos y oportunos... El mío era de lino blanco, de tipo ultramoderno, casi inverosímil en la especie, de esos que los hijos regalan con regocijo al progenitor en el "Día del Padre"... La amena revancha de modernizarle al menos la cabeza, al no poderle modernizar las ideas... Y el "autor de los días" tiene que transar... Los padres que me lean me comprenderán...

Subí a la planta alta por la recia escalera de piedra y mármol que remonta en una contorsión desde el vestíbulo...

Sorpresivamente me encontré con una piecita que nunca había visto en mis anteriores visitas, estrecha y oscura como el baúl milagroso de un prestidigitador, toda tapizada en negro, a excepción del techo del que bajaba una luz mortecina cargada de suspenso.

Contra las paredes había una monumental pieza arqueológica a la que, como estuche de joyería, se destinaba la exclusividad de la repartición. Consistía en el quicio de la puerta de un templo celta del Siglo VII A.C., construido en sillares calcáreos y ofreciendo por característica una serie de alvéolos, en cada uno de los cuales había un cráneo empotrado... En su conjunto, parecían montar guardia en actitud vigilante, con sus órbitas como lentes ahumados y los maxilares despalancados en el grito de *Quién Vive!*...

Reflectores estratégicamente colocados incidían sobre la blancura calcárea como copos espectrales sobre el fondo de los Tiempos.

Al costado había una pequeña mesa —también negra— en la que apoyaba un atril con una hoja dactilografiada explicando los orígenes y el significado de la curiosa pieza: en la lejana época a que me he referido, las tribus celtas extendidas en lo que es hoy el sur de Francia mantenían vivo el *Culto al Cráneo*, honrando de ese modo y otros afines a los que habían pertenecido a soldados heroicos o personas talentosas de su propia colectividad o de la enemiga, vencida. ¡Ah!..., aquellos antiguos, retrógrados, cavernarios, idólatras del talento...

Es muy difícil comprender eso en una época de civilización como la nuestra, en que mantenemos vivo el *Culto al pie*...

Cuando ya me retiraba del Museo, luego de hacer un sumario pasaje por otras salas y traspasar la puerta principal frente al sol que me esperaba rabiosa-

mente, hice el gesto automático de cubrirme pero... ¡oh!... Recién entonces advertí que había dejado mi calota monoplaneo... sí... sí... sobre la mesita negra de la Sala de los Cráneos, al lado del atril con las explicaciones...

Subí de nuevo y al hallarme ante la puerta de la tétrica cámara, me detuve sorprendido... Inclínada sobre la mesa, una señora de mediana edad, alta y de talle austero, con dignidad, porte y tono de directora de algún instituto importante, alternaba la lectura de la hoja con la observación de mi sombrero ¡y tomaba apuntes!...

Comprendí lo terrible de la situación... Mi prenda cetífica, en efecto, bajo la luz pálida de un pequeño reflector, con su copa abovedada, las dos profundas fosas subfrontales y el ala reducida avanzando como una mandíbula prognata, parecía realmente un cráneo estrafalario, antiguo, de los comienzos de la especie...

La dama ya se aprestaba a tomar fotografías... No supe intervenir con rapidez... Me contenía el temor de que la aclaración nos pusiera en ridículo a los dos... Por otra parte —nunca se pueden prever las reacciones— aquella señora, tomándome por un "pirata de museo" o vulgar maniático de la arqueología, podría echarse escaleras abajo a la carrera y a gritos, denunciando que en lo alto había un tipo que quería llevarse uno de los cráneos célticos, con el burdo argumento de que era su hongo de lino...

No hallé otra solución que la de dejar que se cumpliera el destino... Relampagueó el flash... *Consumatum est*... la dama puso sus útiles en orden, me hice a un lado, mudo y perplejo, para darle paso y salió con el aire distinguido y satisfecho de una soberana...

Hoy, por apremio de conciencia, quiero hacer pública esta declaración que debí formular, más llana y oportunamente, en su momento... La vida es así... ¡Cuántas frustraciones por no tener el valor de decir las cosas justas en su justo momento!...

Puede suceder que en algún tratado u opúsculo de arqueología o en Congreso del género aparezca la descripción y fotografía de una caja craneana, de profundas cuencas subciliares y mandíbula prognata, junto a un atril con una hoja dactilografiada...

De suceder tal caso y en honor a la verdad que debe presidir las elevadas disciplinas de las Ciencias, quiero que se sepa que el objeto que así se muestre no es, como pudiera aparecer, el segmento capital de los restos de algún hombre talentoso o heroico poblador de la Provenza, sino que se trata simple y humildemente de un sombrero cuyo propietario, por otra parte, actual y vegetal, se halla muy lejos de merecer en un futuro los honores del Culto ni del Cráneo ni del Pie...

Juan RASO

Especial para EL DÍA

(Foto del autor)

I — LA GRUTA DE MANGABEIRA

¡Cómo decir tu esplendor, cómo desentrañar tu misterio, gruta de Mangabeira, en el Estado de Bahía!

Frente a tu magnificencia amplísima, arden como dos brasas los ojos, habituados a encenderse con las maravillas terrestres.

He recorrido tus pasajes, tus capillas milenarias, donde parecen las estalagmitas enormes cirios adorando a un nuevo dios.

He recorrido tus salones que visita la luz solar, y tus salones que viven eternamente en la noche, y aquellos en que tiembla algo así como un resplandor de luna.

Mi antorcha roja y humeante hiere el cuerpo de la sombra. Pero no arde tan intensamente como mi alma.

Si hablo, si canto, mi voz tiene un timbre desconocido. Aquí todo se viste de misterio, aquí todo se hace profundo, imprevisto, nuevo. Y me olvido del mundo exterior.

Cuando salga de tu entraña, gruta de Mangabeira, tendré la misma sensación de la primera vez que vi la selva ecuatorial: esa sensación triunfal e imborrable de haber oído un fragmento de la música de Dios.

II — DEL MEXICO ROMANTICO

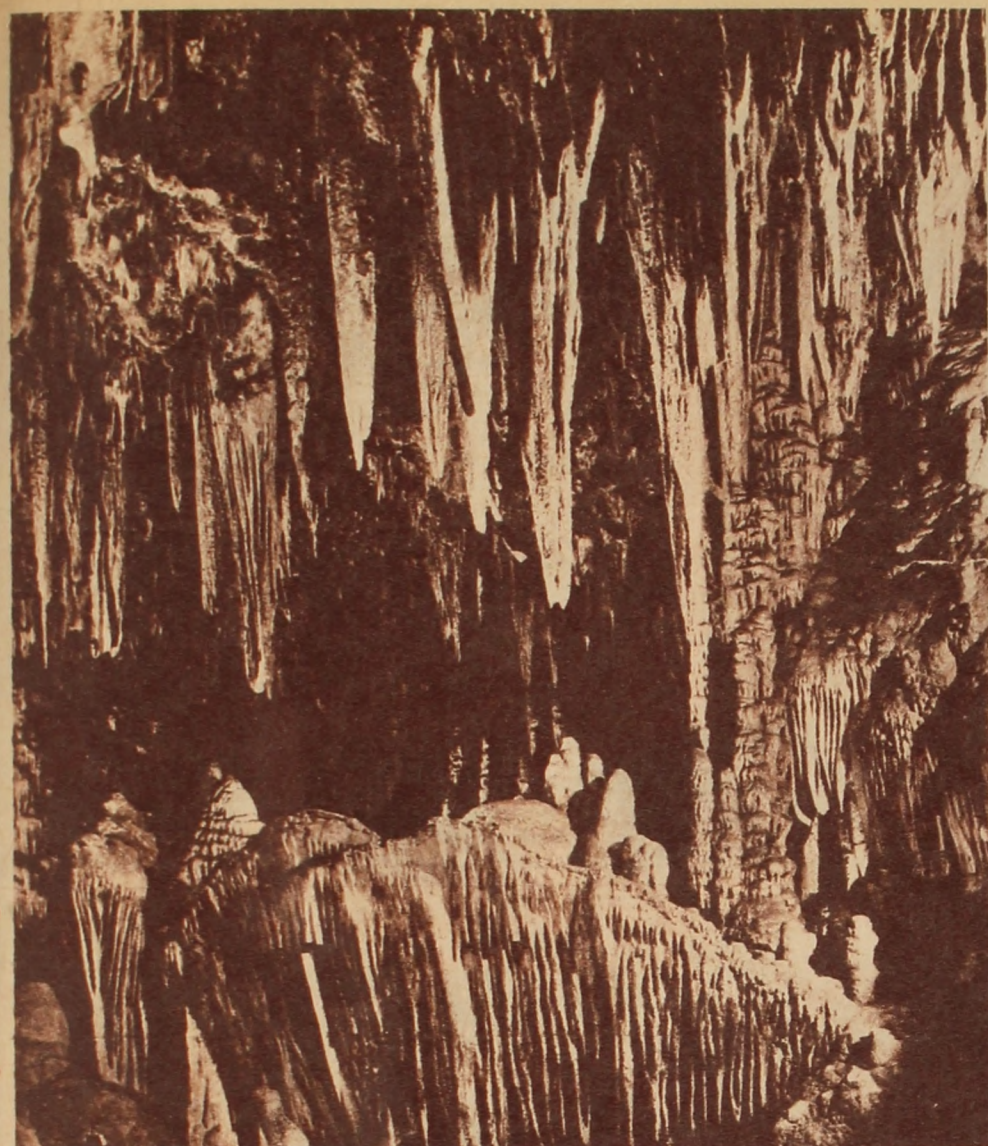
La influencia española fue, en México, más intensa que en el Uruguay, sobre todo si se tiene en cuenta que allí tuvo que enfrentarse a millones de indios.

Hay un México romántico, muy romántico, especie de nieta hispano-magüer la mezcla de nombres aztecas, toltecas y demás. Hay una capital mexicana con ribetes madrileños: el México de la casona colonial, con sus balcones de madera, su patio con galerías, sus muebles de caoba; el México que alternaba las numerosas iglesias con la plaza de toros; el México de las zarzuelas y también de la vida austera; el México romántico de Manuel Acuña. No es ese el México que prefiero, pues mucho más me interesa el precortesiano o el cosmopolita de hoy. A ese México tan español —no olvidemos que la inmigración italiana nunca alcanzó allá la intensidad de la zona platense— pertenece el "sucedido" que me relata mi noble amiga Enriqueta de Parodi, del pintoresco Estado de Sonora. Naturalmente, tratándose de un relato romántico, interviene en él una pareja que se ama entrañablemente, pero que está distan-



Fervor de América

Alba amazónica



En la gruta de Mangabeiro



Del México romántico



ciada por motivos familiares. No los odios de las casas de Verona, sino otros motivos: la familia de Rosario, acaudalada y orgullosa, apoyaba la causa imperialista; la de Ricardo —y él, sobre todo— soñaba con el México republicano, como el único posible. Y cuando un emperador pálido, de rizada barba dorada y gustos estéticos —el intruso Maximiliano, que no engañaba a nadie y a quien habían engañado— llegó a Chapultepec, Ricardo se alistó en las fuerzas libertarias. Era —hace poco más de un siglo— la época en que la “Serenata” de Schubert llenaba los corazones. (Más tarde, Gutiérrez Nájera, el modernista de México, diría de esa serenata: “Parece que llevara en cada nota / muchas tristezas y ternuras mías”). Despidióse Ricardo de Rosario a través de las combadas rejas del balcón y prometió que, al retornar, lo haría silbando la serenata. Y Rosario, a su vez, insistió en afirmar que, en cuanto oyera el silbido, abriría su piano y le respondería con el fragmento siguiente.

Ricardo no volvió, ni se supo cuál fue su destino. Rosario, casada, tuvo un hogar tranquilo, hijos bellos y buenos. Y cuando, una noche, yacía enferma en su lecho, sintió —y todos sintieron— el silbido de la serenata, de la que otra canción había alejado la fama y popularidad. Y se levantó, con fuerzas sobrenaturales, abrió el viejo piano, prosiguió el trozo de Schubert... y la historia perdería su halo romántico si no afirmara que Rosario murió ahí, o muy poco después...

Se supo más tarde, que Ricardo había muerto luchando junto a las fuerzas que llevaron a Maximiliano al paredón de Querétaro... La canción, pues, había sido silbada por algún viandante desconocido, para recordarla, que quiso tal vez acompañar su soledad...

Para los hijos y nietos de Rosario, aquella fue una llamada del misterio, el cumplimiento de una cita de ultratumba, de una cita prometida veinte años antes...

III — ALBA

Un río del trópico americano, uno de esos majestuosos y salvajes caminos de agua, junto a los cuales los ríos europeos son simples arroyos...

Y es la hora del alba. La selva, peinando sus rabulosos cabellos de lianas, sonríe al despertar, como una doncella indígena...

¡Júbilo de las aves ágiles e inquietas, desplegando anchamente sus alas y haciendo su tocado en el espejo del río mágico! ¡Júbilo del guará, del carará, del taquirí, alegría sonora y ondulante!

Este recodo del río americano, me parece un ánfora, un ánfora verde, llena de agua, donde las gallardísimas aves volando dulcemente, van dibujando una viviente guarda, un magnífico alto-relieve.

Gastón Figueira

(Especial para EL DIA)

Horacio
Quiroga en
la época
de madurez
creadora

PARA que ciertas sombras retornen por entre las brumas del Tiempo, no es preciso hacer libaciones de leche y miel, libaciones de dulce vino y de agua clara, y luego empolvar con blanca harina la cuadrada fosa de los muertos, según aconsejaba Circe a Ulises en el periplo homérico.

No serán frutos amargos los que escondan los bosques de Perséfone, ni será menester ofrendar a Tiresias la flor de los rebaños. Porque, en verdad, hay Sombras que viven sobre la muerte, así como la llama temblorosa es regocijado desafío sobre la crasa prisión del cirio.

Hace diez años, debimos recorrer las calles estrechas del Montevideo peninsular para encontrarnos con la máscara errante de quien fuera el "Pontífice" del "Consistorio del Gay Saber", Horacio Quiroga, el más grande cuentista de lengua española. (Suplemento Dominical de EL DÍA del 16/VII/61). Rescatamos así, del olvido y del silencio, la pieza consistorial de la calle 25 de Mayo, cubículo donde nacieran muchas páginas de "Los arrecifes de coral".

En estos días soleados de setiembre, nos propusimos recobrar — tras la distancia de un tiempo que inexorablemente sepulta sucesos — un hecho que fue pesadilla atroz, truncamiento de una vida que fue amistad fraterna, tragedia que ensombreció el espíritu juvenil de Horacio Quiroga, y le hundió en lo que para nosotros fue su primera gran Soledad.

¡Sigamos la indicación de Circe, y tomemos el camino hacia la morada de Hades!

Ezequiel Martínez Estrada, joven amigo de Horacio Quiroga, y a quien éste confió algunas de sus últimas desdichas, escribió: "La soledad que pesaba sobre el alma de Quiroga veníasele condensando desde la niñez, si no debiéramos rastrearla como fatum familiar ya en sus progenitores. Podría descomponérsela, como el haz de luz en el prisma, y se obtendrían los colores elementales de su persona y de su destino. Su soledad era, pues, un resumen".

El carácter hurafío y contradictorio que caracterizara exteriormente a Horacio Quiroga, era sólo máscara de una bondad y de una ternura, disfraz de un espíritu ansioso de compañía y de una sensibilidad vital y agreste.

Y si es certera la definición de Martínez Estrada de que el temperamento solitario de Quiroga provenía de más allá de su propia gestación y nacimiento, y así aparece como síntesis de su persona, como lo fue de su quehacer intelectual y manual (algún día acaso hablemos del perfil psicológico de sus agonistas), pensamos que el suceso trágico del que fuera gestor involuntario en aquel fatídico cinco de marzo de mil novecientos dos, le convierte en el gran desterrado de sí mismo, en el naufrago de los espantos y de la locura, en el incansable viajero que navegó — desandando caminos — desde los altos soles y desde las enhiestas copas verdes, hasta los húmedos meandros de la tierra misionera.

Se acercaba el fin de febrero de mil novecientos dos. El día miércoles veintiséis de ese mes, en un matutino de Montevideo, 2ª página, 5ª y 6ª columnas, bajo el título de "Siluetas literarias", "El hombre del caño", el periodista Guzmán Papini y Zas publica un artículo en el que se hace referencia a un ladrón que había sustraído valiosas alhajas de la joyería de Morasca y Rosello, introduciéndose al local por un caño maestro. Veladamente, Papini alude a Federico Ferrando, amigo y compañero de H. Quiroga en las horas de soñadora bohemia del "Consistorio del Gay Saber".

Los párrafos del artículo están llenos de intenciones aviesas, con ambigüedades deliberadas, con evi-



dente propósito de zaherir al poeta aludido. Ferrando, nacido en Salto en 1880, contesta con un desafío, y con fecha 1º de marzo, en la segunda página del mismo diario, Papini, bajo el título "¡Apareció el del caño!" comenta en tono mordaz y virulento la nota de Ferrando. La respuesta de éste no se hace esperar, y publica en "El Trabajo", con fecha 4 de marzo, pág. 2ª, un violento artículo, con durísimos calificativos, que comienza así: "Hace cuatro días ofrecí un duelo a Guzmán Papini y Zas..."

Al pie de la silueta dedicada a otro poeta de la época, Papini expresa que tendrá ocasión de agradecer personalmente los conceptos vertidos por su contrincante en la polémica.

En el mismo diario en que se habían publicado algunas de las críticas agresivas, se puede leer lo siguiente: "Debido a dicha polémica el joven Federico Ferrando andaba prevenido por cualquier encuentro con el Sr. Papini y Zas. Y a propósito de esto debemos hacer constar, que no es cierto, como lo han aseverado algunos colegas, que Ferrando le hubiera enviado estos últimos días sus padrinos a Papini y Zas cuando circuló con alguna insistencia el rumor de haberse concertado un duelo entre ambos jóvenes".

El día miércoles 5 de marzo, en horas de la mañana, llega al puerto de Montevideo, procedente de Salto, Horacio Quiroga, en compañía de otros amigos y conterráneos. Concorre a recibirlo su compañero de tantas horas y de tantos sueños literarios, Federico Ferrando. De allí se dirigen al Hotel del Comercio, donde almuerzan juntos. Luego, es la larga sobremesa, en la que se evocan las "brahminicas" jornadas del "Consistorio", y se comentan los vapuleos recibidos



Casa de la familia Ferrando, en la calle Maldonado.

Horacio Quiroga

su primera soledad

—casi siempre con estoicismo y carcajadas— que trajo consigo la publicación, en 1901, de "Los arrecifes de coral", la obra primigenia de H. Quiroga.

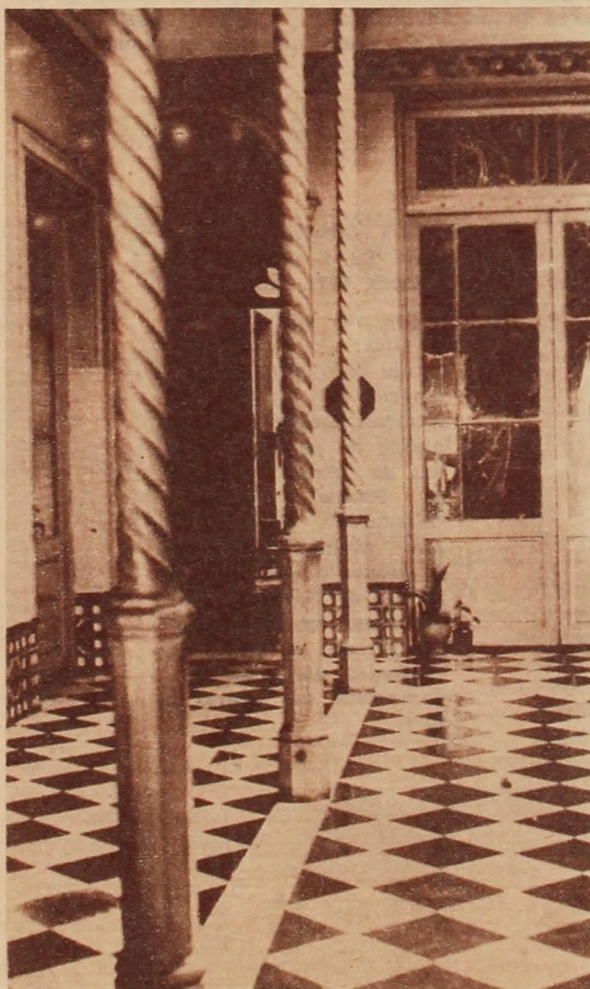
Al promediar la tarde, los dos amigos dirigen sus pasos hacia la casa de la calle Maldonado Nº 354, donde vive la familia del Sr. Manuel Ferrando, ex comisario de la 7ª sección. No es preciso acicatear la imaginación para suponer que ambos jóvenes, transitan las veredas sin apremios, deshojando anécdotas, discurriendo sobre perspectivas fantásticas, sin presentir el desamparo en que muy pronto se verían arrojados por la fatalidad, sin entrever el naufragio en el río de la noche para uno, y la crucifixión desbordada sobre las últimas orillas del sollozo, para el otro...

Héctor, hermano de Federico, y por encargo de éste, había adquirido ese mismo día, una pistola de dos caños, marca Lafoucheux, de doce milímetros.

Horacio ya ha llegado, con su amigo, a la casa de la calle Maldonado; y en la habitación de Federico, los tres observan el arma. "Mientras Quiroga, se ocupaba en inspeccionar el arma y cargaba a la vez, los hermanos Ferrando que se hallaban sentados en la cama, observaban la operación. Quiroga se hallaba frente a Ferrando y después de cargar el arma al cerrar los dos caños para asegurarla se le escapó un tiro, hiriendo de tanta gravedad al joven Federico Ferrando que dejó de existir casi instantáneamente. El proyectil le penetró por la boca y quedó incrustado en el hueso occipital". (De una crónica periodística). Son exactamente las 18 y 45 del miércoles 5 de marzo de 1902.

Son, luego, los detalles de la tragedia. Quiroga, al ver caer a su amigo sobre la cama, se abalanza con espanto sobre su cuerpo sangrante; lo abraza entre gritos entrecortados. Acuden los demás habitantes de la casa. Por señas, Federico intenta explicar que Horacio es inocente; éste junta su pecho a las rodillas de su amigo pidiéndole perdón. "Al darse cuenta de lo que ocurría, corrió en busca de médicos y no encontrándolos, fue a casa de un amigo estudiante de Medicina, con el cual volvió a la casa de Ferrando. Mientras el practicante examinaba al herido, Quiroga

Patio interior de la casa donde se inicia la primera soledad de Horacio Quiroga



se retiró silenciosamente a uno de los cuartos interiores". (EL DIA, 6 de marzo/902).

Pocos instantes después, Federico Ferrando ha muerto, a los veintidós años. Se hacen presentes el médico forense Dr. Tagle y el juez de instancia Dr. Mendoza y Durán.

Quiroga es conducido, a las once de la noche, a la Jefatura Política, que ocupa el edificio del Cabildo; allí, en un estado de ánimo de profunda amargura casi sin dormir, pasa la noche.

Como defensor actúa el doctor Manuel Herrera y Reissig, hermano del poeta, y luego de prestar las primeras declaraciones, al día siguiente, a las dos de la tarde, Horacio es llevado a la Cárcel Correccional.

A la hora diez y siete, del seis de marzo, en el Cementerio Central, se realiza el sepelio del infortunado integrante del "Consistorio del Gay Saber". El ataúd es conducido a pulso desde la casa mortuoria hasta el lugar del último descanso, en el panteón de la familia Casalla, pronunciando allí discursos fúnebres el señor Eliseo R. Gómez y el poeta Julio Herrera y Reissig.

El sábado 8, Horacio Quiroga es puesto en libertad bajo fianza, que había sido solicitada por su abogado defensor, fundando su peticitorio en las características especiales del infortunado suceso.

En EL DIA, del lunes 10, bajo el título "Libertad de Horacio Quiroga", pág. 1, 5ª columna, puede leerse: "Abordado por los reporteros, el señor Quiroga se cerró en un perfecto mutismo, no siendo posible arrancarle una frase que exteriorizara el estado de espíritu en estos momentos. Es parco de palabras, por idiosincrasia; pero, después de la muerte de su amigo, esa parquedad se ha hecho aún más acentuada. No quiere decir nada, nada quiere explicar. Se evidencia así la profundísima impresión que aun mantiene atargadas sus facultades".

Es el vencimiento de sí mismo, la pesadumbre que lacera y aplasta, el desamparo que desnuda los recintos interiores. Enfrentado al misterio; desposeído del tesoro de una amistad entrañable; con un abismo de silencio y ascua cargado sobre la espalda. Así queda Horacio Quiroga, sin un ensueño como viento encendido; sin lágrimas ni caminos; a su alrededor, sólo fragmentos de un cielo derribado...

Dirá más tarde: "...al fin de toda exaltación hemos quedado... amando y llorando esos bríos de 1900". "Tú te quejas de tu soledad, con las agallas resacas fuera del agua; pero si vieras los tormentos que he tenido en estos seis meses; el desaliento diario, sin fe absoluta en mí —y lo que es más triste, sin creer ya en el arte— convencido de que estaba muerto para escribir, sentado en un cajón de querosene, repitiendo horas enteras un párrafo de cuento, incapaz de hacer algo más, en el derrumbamiento de toda mi vida..." (En carta del 19 de octubre de 1904 a J. M. Fernández Saldaña).

La revelación de los profundos secretos, habría de postergarse, Horacio, hasta que las grietas de los nuevos amaneceres hayan desleído la sangre de las últimas estrellas; hasta que la fragua quemase sus carbones postreros en la noche sin lámparas de tu soledad primera...

Tú lo sabrás más tarde, cuando prendas como un árbol en la tierra de Misiones; cuando, de cara al Paraná, labres la madera, horades la roca, destiles vegetales, tejas el espartillo, construyas la canoa, y te abismes —torso desnudo y barbas con electrizados reflejos— junto a las aguas del Yabebiry.

Fueron premonitoras tus palabras escritas en París el 9 de junio de 1900: "Cada cual vive la vida que le es posible; y el cazador que vive en su bosque, el rural que goza con su escopeta y sus soles, tiene razón cuando afirma que el monte o el pueblo es mejor que París". ("Diario de viaje")

En el propicio silencio de la Biblioteca Nacional, mientras nos inclinamos sobre las amarillentas crónicas de la época, sentimos de qué modo la muerte se iba convirtiendo en la sombra de tu andar.

Ahora, logrado el afán de ubicar la casa de los Ferrando, en la calle Maldonado casi Vázquez y que actualmente lleva el número 1493, de pie en la habitación donde se produjo el disparo fatal, te evocamos en los crispamientos de tu sensibilidad, en el llameante lirio de tu voz herida, en el arco de sombra de tu espalda curvada por la rabia y el sollozo, frente a la mirada de Federico Ferrando ausentándose en el hilo de sangre entre la ceniza de la tarde...

Ramiro W. MATA

(Especial para EL DIA)

(Las fotos de la casa que fuera de los Ferrando, fueron realizadas por Estudios "Luis 70")

MANUEL JOGLAR CACHO

POR LOS CAMINOS DEL DIA



San Juan de Puerto Rico
1969

POR LOS CAMINOS DEL DIA — por Manuel Joglar Cacho. San Juan de Puerto Rico, 1969. 39 págs.

Breve e intenso poemario cuya primera edición mereció ser premiada por el Ateneo Puertorriqueño en el Certamen de Poesía del Festival de Navidad de 1958, aparece ahora en una segunda edición revisada, con prólogo de otro gran poeta, Juan Antonio Corretjer. Dice éste de Manuel Joglar: "Poeta que traspasa la frontera de lo inefable, extraño y grande logro, frecuentísimo de su poesía". Y señala también en él, "el anhelo de lo armónico", "la dulzura de su melodía", su "insuperable idealismo". Cualidades todas éstas definidoras de una poética y de un hombre que hace de su verso su lenguaje genuino y enrañable, pues Joglar vive para la creación, para el encuentro con la belleza, para el elevado éxtasis que lo aleja siempre de las realidades cotidianas. Un soñador en el más puro y alto sentido del vocablo, que encuentra en sus sentimientos el manantial diáfano e inagotable del canto:

Tu, que vas a la vera de este humano
y tembloroso río, que tu mano
hundes en sus cristales, que procuras
conocer sus recónditas honduras,
fácilmente sabrás cuánto es de hondo...
¡oyendo al corazón que está en el fondo!

Su poesía tiene, no importa la sabiduría amarga ni la experiencia de los días, una permanente diaphanía, una transparente luz que desmaterializa los contornos nítidos de la realidad, con cierto claro panetismo que lo identifica con las fuerzas de la naturaleza:

Fluye con voz serena y remansada
ni ser tornado río. Va a la nada
atraído tal vez por el reflejo
de las soñadas cosas.

Una filosofía existencial hecha de transparencias, alas, cielo, eternizado amor, inspira los catorce poemas que componen el libro, conmovida confianza de uno de los mayores poetas actuales de Puerto Rico, cuya suave y escondida nostalgia confiere una mística lírica a su verso, dándole uno de sus secretos e indefinibles encantos.

Por los libros comentados en esta sección, nunca hemos percibido ni admitiríamos percibir ninguna retribución económica por parte de los autores ni de las editoriales.

—Dora Isella Russell

Oscar Hermes Villordo

consultorio sentimental

COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA



CONSULTORIO SENTIMENTAL — por Oscar Hermes Villordo. Cia. General Fabril Editora. Bt. As. 1971. 132 págs.

La redacción de una revista es el movido escenario que retrata esta amena novela de Villordo, a quien conocíamos ante todo por su rica y conmovida obra poética. Agil, original y personal se muestra en este libro cuyo protagonista, encargado de un consultorio sentimental bajo un seudónimo de mujer, se enamora de una anónima corresponsal que por equi-

vocación le ha enviado algunos poemas suyos. Varios planos de sentimientos, pasiones, sensación de soledad y desamparo, matizan el relato presentándonos la tensa vida del periodista con esa dinámica y ese desorden inherentes a nuestro conocido oficio, regido por lo imprevisible. Villordo deja asomar a ratos, en su prosa, al humanísimo poeta que es fundamentalmente.

RODO. Estudio y antología. Ed. Losada, Buenos Aires, 1971. 186 págs.

Con una apreciación de la ética y estética rodonianas bajo la luz del centenario del Maestro, selecciona Emilio Oribe un núcleo de páginas escogidas de "Ariel", "Motivos de Proteo", "Bolívar", "Montalvo", "Y bien formas divinas", "Diálogo de bronce y mármol", "Mi retablo de Navidad", "Últimos motivos de Proteo", que ofrecen en forma panorámica conceptos fundamentales del ideario de Rodó.

OBRAS COMPLETAS DE CONCHA MELÉNDEZ

I

AMADO NERVO

LA NOVELA INDIANISTA EN
HISPANOAMÉRICA (1832-1889)

SIGNOS DE IBEROAMÉRICA

ENTRADA EN EL PERÚ

INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA
SAN JUAN DE PUERTO RICO

OBRAS COMPLETAS de Concha Meléndez. Instituto de Cultura Puertorriqueña. San Juan de Puerto Rico. 2 vol. 596 y 691 págs. respectivamente.

"El carácter general de la obra de Concha Meléndez tiene su valor en el hecho de que siendo pura puertorriqueña, buscó lo más hondo y extenso de toda América, como hace en sus "Signos de Iberoamérica" (1936) y en "Entrada en el Perú" (1941), para volver a concentrarse en su Puerto Rico en las últimas obras que ha escrito y que espero no sean las últimas", escribía don Federico de Onís para la muestra de sus libros en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico.

El primer volumen comprende los siguientes ensayos: "Amado Nervo", "La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)", "Signos de Iberoamérica" y "Entrada en el Perú". El segundo: "Asomante", "La inquietud sosegada", "Figuración de Puerto Rico" y "José de Diego en mi memoria". El sólido material ensayístico que reúnen ambos volúmenes testimonia la enjundia crítica de esta figura señera de la literatura hispanoamericana. Graduada en Filosofía y Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia, doctorada en Filosofía en la Universidad Nacional de México, Ministro de la "Unity School of Christianity", ha desempeñado importantes cargos docentes en la Universidad de Puerto Rico, en el Kenyon College de Ohio, en la Universidad de Lawrence en Kansas, y en la Universidad de Kansas, y ha sido ganadora de importantes becas, como la de la Fun-

dación Rockefeller. Conferencias en su Isla y fuera de ella: Madrid, Caracas, Buenos Aires, Nueva York, Lima. Los viajes le han dado una amplitud de visión, nada "insular" por cierto, universalizando su criterio frente a las letras y los hombres. La publicación de estas Obras Completas confirman la sólida personalidad de esta verdadera decana de las escritoras puertorriqueñas, cuya labor intelectual se asoma no sólo sobre los autores de su patria, como lo prueba su admirable estudio sobre José de Diego, por sólo citar uno que ya es clásico en su bibliografía, sino sobre otros de la América de habla hispana —Neruda, Nervo, Valle, Alonso Reyes, Jorge Isaacs—, por mencionar unos pocos. Se advierte en cuanto se comienza a leerla, que no hay en su estilo negligencia alguna, que no improvisa, sino que, por lo contrario, lo que escribe resulta de maduras indagaciones en esos temas en los que cala con autenticidad, sin perder su prosa la gracia poética que le confiere una sensibilidad muy fina y dúctil. Figura mayor de la crítica y el ensayo en Hispanoamérica, celebramos la oportunidad y la justicia que como homenaje a Concha Meléndez entraña la publicación de estas Obras Completas —por ahora— por parte del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

EL CAZADOR OCULTO — por J. D. Salinger. Cia. General Fabril Editora, Bs. As., 1971. 209 págs.

El ya no muy nuevo tema de la desorientación de la juventud y el vacío interior que la impulsa a actitudes y sentimientos reñidos con la lógica, es el que inspira esta novela de Salinger, nacido en Nueva York en 1919, perteneciendo en la actualidad a una promoción relevante de narradores norteamericanos. El protagonista, un joven perplejo, conflictual, expulsado sucesivamente de diversos colegios, inadaptado, en busca de algo que no sabe qué es a ciencia

cierta, es la patética estampa del solitario que no encuentra objetivo para su existencia. A través del libro, deambula con su constante desasosiego que en veces le lleva a cometer actos irrazonables, extemporáneos, sin que logre un asidero constructivo para encaminar su vida. La obra concluye sin que haya solucionado su presente. El lo reconoce: "¿Cómo es posible saber anticipadamente lo que uno va a hacer más adelante?"

POR EXTRAÑOS CAMINOS — por Roberto Sapriza. Colec. Tiempo y Memoria. Montevideo, 1971. 283 págs.

Un poeta que dice las cosas con la palabra justa, ceñida como un haikai, consiguiendo con ello una profundidad mayor, es el que nos ofrece un viaje íntimo, por debajo del viaje por lugares reales, edificando breves poemas cuya síntesis asocia de inmediato aquellas sentencias a la vez leves y profundas de los místicos de Oriente. "Todo

viaje es un regreso, / es un retorno, es un / volver a encontrar / lo que buscamos", dice cabalmente. Siempre está en él una sensación de búsqueda: "Por el aire andamos / en búsqueda de cosas / que no sabemos". confiesa. En no hallarlas nunca y buscarlas siempre, reside el secreto de ser poeta. Y éste lo es.

RETRATO

Un eco de otros días trayendo su palabra; los hitos del recuerdo tienen rumor de alas. En esta noche extensa, de hondas remembranzas, dialogan los mensajes de todas las jornadas. Cada senda que vuelve habla por sus pisadas, como las lunas de oro por estrellas de nácar. Cuanto regresa puro ilumina de gracia; la llovizna del tiempo y explica las verdades y explica las verdades a veces ignoradas: esta vida es prodigio de ensueño y de labranza. El hombre que no ama es arado sin marcha; no hay gleba ni semilla ni espiga del mañana; existir significa una presencia vana. El eco reproduce la llanura encantada, donde creciera el árbol de la corteza blanda, escrita por los años con fuego, con escarcha. El tronco de raíces que nutrió la esperanza, con ramas que anidaron, cuando la savia brava, unos himnos que siempre los ideales proclaman. Y así que la primavera, con luz inesperada, descubrió lo inefable: la mujer y la casa, los niños y el refugio de la paloma sacra. El árbol sin olvidos, con hojas ya plateadas, y una emoción que brota mientras su tierra canta.

José V. SANTOMINGO

(Especial para EL DIA) Montevideo, 1971.



CUENTOS

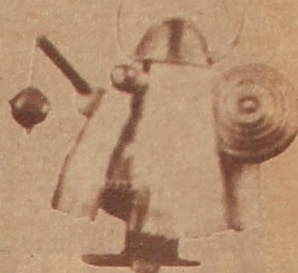
RUBÉN DARÍO

CUENTOS. — Por Rubén Darío. Ed. Kapelusz, Bs. Aires, 1971. 174 págs.

Con estudio preliminar y notas de Iber Verdugo, se entregan al público cuentos de Darío, menos conocido por éstos — con excepción de los consagrados de "Azul..." — que por su poesía. Las excelencias estilísticas del nicaragüense, se muestran en la prosa con igual evidencia que en el verso, y esta faceta de su creación, muy personal, contribuye a un conocimiento más amplio de este autor, siempre leído pero que ofrece cada vez aspectos nuevos de una personalidad inagotable, que se reserva su misterio.

El Mundo en el LIBRO

Por Wriothsley



LA REPUBLICA DE CHINA NACIONALISTA Y LA SABIDURIA DE SUN YAT-SEN

傳愛

Po Ai, Caligrafía del Dr. Su que significa la fraternidad

El 10 de octubre celebró este país milenar, su fiesta nacional. Imposible resulta no asociarla con la recta personalidad del Dr. Sun Yat-Sen, cuyo relieve intelectual lo sitúa entre las figuras de más significación de la cultura moderna. Su nombre, más de cuatro décadas después de su muerte, continúa siendo una alta consigna para el pueblo chino en su búsqueda

de libertad y democracia. Predicaba la paz, la justicia, el orden, el desinterés, como lo demostró él mismo al ser proclamado Presidente y renunciar a tan alta investidura. Viajó mucho, escribió mucho, y dejó un imperecedero legado de grandeza moral que constituye una inagotable fuente inspiradora para los demócratas chinos.

Historia de la cultura alemana de los últimos cien años

HISTORIA DE LA CULTURA ALEMANA DE LOS ULTIMOS CIEN AÑOS — por Ernst Johann-Jörg Junker. Munich, 1970. 230 págs.

"Por cultura se entiende aquí el apretado haz de realizaciones humanas", anota Berthold Spangenberg en el prefacio de la obra. Textos, ilustraciones y tablas cronológicas ofrecen un vasto panorama de realizaciones y acontecimientos culturales dentro del área de habla alemana, que incluye en ocasiones a suizos alemanes y austríacos. Las ciencias del espíritu, la técnica y las ciencias naturales confluyen para dar una visión de conjunto de las importantes conquistas de la inteligencia alemana en la última centuria. El volumen representa una valiosa síntesis de esos aspectos salientes que caracterizan los aportes definidores de un país y de su espíritu nacional. El contenido de la obra abarca desde las manifestaciones filosóficas, artísticas y científicas del Imperio (1871-1918), a la primera guerra mundial y las condiciones sociales y técnicas que predominaban en ese momento; la República de Weimar, entre 1918 y 1933; la muerte de la libertad y la cultura bajo Hitler, entre 1933 y 1945, y la situación de posguerra, con la gran reconstrucción cultural y económica de la República Federal de Alemania. Buenas fotografías y grabados acompañan el estudio de cada época.

LIBROS DE ARTE ITALIANOS

AHORA EL ARTE AL ALCANCE DE TODOS...

a precios increíblemente bajos.

Classici Dell'Arte Rizzoli

Tomos lujosamente encuadernados. 116 pags. F. 11". 45 lám. a todo color, formato 0,32 p. 0,24; cada tomo la obra de un famoso pintor. El ejemplar \$ 1.000

LIBRERIA ITALIANA

Colonia 1262 casi Yl
Tel. 9 56 03

JUAN XXIII

EL PAPA DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II



EDITORIAL LABOR S.A.

JUAN XXIII — EL PAPA DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II - por Giorgio Longo y un equipo de colaboradores. Ed. Labor, Barcelona, 1967. 278 págs. Distribuye: Labor Uruguay, Mercedes 1123.

El Mundo en el LIBRO

Por Wriothesley



Procuramos prescindir de la significación religiosa de Juan XXIII para encarar el estudio de la biografía de una figura colocada por gravitación de los acontecimientos en una posición histórica expectable. Este libro trata acerca de esa vida, esos acontecimientos y ese relieve histórico. Angelo Roncalli, nació en la comarca del Valle Imagna, en Sotto il Monte, de modesta familia apegada a la tierra y al trabajo. Resulta curioso que el auténtico campesino que había en el niño Roncalli, fuera desplazado tempranamente por la vocación religiosa, cuyos estudios comenzó muy pronto, aunque sin olvidar nunca sus amores capitales: los padres, los hermanos, el pueblo natal. Un arraigado sentimiento de familia prevaleció siempre en Angelo Roncalli, conservándole modesto y humilde aun en las épocas de máxima investidura. Una carrera dedicada al estudio, a las obras sociales, y hasta al servicio activo de la patria, como soldado en 1915, fue acumulando prestigio sobre el joven sencillo que un día es nombrado obispo y destinado a Bulgaria, donde permanecerá diez años. En ese corredor entre Oriente y Occidente de-

mostró su tacto ante un país al cual llegaba en momentos políticos sombríos, pues apenas diez días antes de su arribo emisarios comunistas intentaron por dos veces asesinar al soberano. Allí permaneció de 1925 a 1935. Irá después a Turquía y Grecia y será designado vicario apostólico en Estambul. A fines de 1944 le nombran para la Nunciatura en París, salto grave y trascendente que causó cierto asombro en el mundo diplomático francés. Se le veía por demás sencillo, para cargo de tan alta responsabilidad. Pronto reconocieron todos la humanidad, la benevolencia, el equilibrio de aquel hombre corpulento, discreto y honrado cuya amistad buscaron de Gaulle y Auriol. En Francia su labor fue sensata y eficaz. Socialistas y librepensadores frecuentaron su trato, lo mismo que personalidades de religión diferente a la suya. Y fue el presidente Auriol, ateo, quien en 1954 le impuso el birrete cardenalicio. Después de ocho años, partió de Francia hacia nuevos destinos, como Patriarca de Venecia. La muerte de Pío XII en 1958 le obliga a dejar Venecia para asistir a la elección de un nuevo Papa. Designios su-

periores e inescrutables habían dispuesto que fuera Angelo Roncalli, el humilde campesino de Sotto il Monte, el hombre que sabía hacerse querer por gentes de toda condición social, en cuya memoria quedaría como "el Papa bueno". Asumió desde el comienzo un lenguaje de amor universal, de interés por los problemas de los individuos y la sociedad, con calidez, lejos de toda pompa y solemnidad. Creía en la paz y en la verdad. También como "el Papa de la Paz" se le recuerda. Creía en el respeto al hombre, en su libertad y su dignidad. Hombre y familia entendidos como unidad. "Pensar, honrar, decir y hacer la verdad" era el principio del Pontífice que desde niño aprendió a detestar la mentira. Quería tiempos "mejores, más sanos, más justos". En la Navidad de 1961, invitó a la bondad entre los hombres. "Solamente en la bondad existe la paz", aseguraba. Ese sencillo consejo resume toda su política, toda su fe, toda su filosofía.

En octubre de 1962, iba a celebrarse el Concilio Ecuménico. Habían pasado noventa y tres años desde el último. Un Concilio —lo dijo el

mismo Juan XXIII— "es un acontecimiento destinado a dejar una huella indeleble en la historia de la Iglesia". El Concilio Ecuménico Vaticano II fue sin duda la culminación de todos los anhelos de este Pontífice, que al poco tiempo, en junio de 1963, cerró serenamente los ojos, dejando un legado de sabiduría, piedad, comprensión. Más allá de su rango y de su credo, Juan XXIII fue una personalidad que entra de lleno en la historia de nuestro tiempo, respetado por católicos y no católicos, notable por su calidad humana, y la amplitud con que entendió su tarea. Mucho ha variado el concepto y la dimensión del poderío papal desde la lejana hora del medievo que puso sobre la tierra la imagen de la infalibilidad de un empuñado e inaccesible dueño de almas, hasta la actual, más lógica, de un hombre entre los hombres. Por eso este libro resulta de convincente lectura, aun para aquellos que nada tengan que ver con esta u otra religión, pues no es sino el relato biográfico de una personalidad contemporánea de proyección histórica. La suntuosa edición ofrece rico material gráfico que la completa dignamente

¡PAUL! ¿QUÉ HACE LA ARMADA FRANCESA EN TOMBUCTÚ?

M.R.

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS



LOS QUE CONOCEN LA VIDA DE TARZAN HABRÁN RECONOCIDO A PAUL D'ARNOT... UNO DE LOS PRIMOS Y MEJORES AMIGOS DEL HOMBRE-MONO. SERÍA BUENO RECORDAR COMO SE CONOCIERON, PERO NO ES EL MOMENTO...



CUANDO MIS HOM- BRES ME INFORMARON QUE UN SAL- VAJE BLANCO, DESNUDO, ESTABA EN EL MERCADO HACIENDO PREGUNTAS DELICADAS, SABÍA QUE ERAS TÚ.

ERES DEMASIADO FRANCO PARA LOS TORTUOSOS PROCEDIMIENTOS DE TOMBUCTÚ... NADA TE DIRÁN.

¡YA AVERIGÜÉ TODO, CUANTO QUERÍA SABER!



Tm. Reg. U. S. Pat. Off. - All rights reserved. © 1970 by United Feature Syndicate, Inc.

¡LA PRIMERA CARAVANA DE ESCLAVOS QUE PASA POR ESTA CIUDAD EN MUCHOS AÑOS, ESTÁ EN MARCHA!

¡ENTONCES... LO SABES!



¿Y FUERON CAPTURADOS EN TU SELVA, NO? PUES YA ESTÁN BIEN ADENTRO EN EL SAHARA... MÁS ALLA DE LA JURISDICCIÓN DEL GOBIERNO.



PERO... ¿QUÉ SON AQUÍ SUS CONTACTOS, LOS QUE LUCRAN, LOS QUE PRETENDEN NO VER LO EVIDENTE...? ¡ADEMÁS, ALGO RARO OCURRIÓ!



SABEMOS DE UNA CARAVANA CUYOS CAMELLEROS DESERTARON... LOS VIAJEROS FUERON ABANDONADOS A UNA MUERTE SEGURA... UNA FAMILIA DE APELLIDO COSTA.

¡Y YO ESTOY MUY CONVENCIDO QUE COSTA, EL PADRE, ES EL CABECILLA DE LOS TRAFICANTES!



RUSS ANNING 7-19 M2054

En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de EL DIA

● CIUDAD VIEJA: 25 de Mayo 619 — CENTRO: Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguajón — CORDON: 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 — PUNTA CARRETAS: Brío del Pins 810 esq. 21 de Setiembre — PARQUE RODO: Constituyente 2037 (CAG, Petraglia) — POCITOS: Juan Benito Blanco 827 Bis — TRES ESQUINAS: Comercio 1821 — MALVIN: Orinoco 5048 y Michigan — CARRASCO: A. Schroeder 6465 — UNION: 8 de Octubre esq. Abreu (Kiosco Unión); 8 de Octubre esq. Pirineos (Kios-

co Maroñas) — LA COMERCIAL: Garibaldi 2559 — GOES: Gral. Flores 2942 — CÉ- RITO: San Martín 3491 — ITUZAINGO: Gral. Flores 4996 — ARROYO SECO: Agra- ciada 2612 Bis — CAPURRO: Uruguayana 3513 — PASO MOLINO: Agraciada 4109 — AGUADA: D. Fernández Crespo 1906 (Agencia Progreso) — PRADO: Cno. Castro 838 c. Millán — COLON: Garzón 1934 — REDUCTO: Guadalupe 1490 — RIVERA: Av. Rivera 2661 — VILLA DOLORES: Francisco J. Miller 3412 Bis — CÉPRO: Carlos

M^{ra} Ramírez 1686 esq. Grecia — EN EL INTERIOR: CANELONES: Treinta y Tres esq. Rodó; Plaza 18 de Julio (Kiosco Inaladi) — SANTA LUCIA: Bazar "El Trébol", Rive- ra 488 Bis — LAS PIEDRAS: Av. Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito, Plaza); Estación Ferrocarril (Kiosco Luisito) — LIBERTAD: Carretera Colonia Km. 50 — SAN JOSE: Mensajería Ciba — PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H. — AGENCIAS NOTICIOSAS EL "DIA" en PAYSANDU, SALTO, RIVERA y PUNTA DEL ESTE.

Soler

presenta para DAMAS las novedades de VERANO

VESTIDO mañanero, escote cuadrado, sin mangas, terminación de sesgo sumamente práctico \$ 850

BERMUDA en polyester estampado, cartera abotonada por fuera, muy moderna y elegante \$ 1.370

VESTIDO en algodón estampado manga corta con cuello, puños y cartera combinados \$ 1.500

CAMISA realizada en polyester fantasia, manga larga variedad de gustos muy modernos \$ 1.850

VESTIDO en algodón estampado sin mangas, doble prendido, escote V cuello en punta \$ 1.990

PANTALON vaquero pespunteado al tono finísima confección, corte impecable \$ 1.995

VESTIDO chemisier sin mangas, cuello y solapa, en seda estampada, muy práctico y elegante \$ 2.000

VESTIDO chemisier manga corta, cartera larga, realizado en seda estampada \$ 2.500

MALLA clásica con pollerín confeccionada en stretch fantasia variedad de colores \$ 2.800

MALLA modelo clásico en stretch estampado variedad de diseños muy actuales \$ 3.300

PANTALON realizado en Acrocel labrado modelo clásico variedad de colores de moda \$ 3.535

DOS PIEZAS en Acrocel, pollera recta, chaqueta derecha, cuello y solapa detalle alforzas en bolsillos \$ 5.900

HORARIO de VERANO

9 a 12 y 15 a 19 horas

SARANDI CENTRO CORDON UNION AGRACIADA LAS PIEDRAS

